INFORMATION TO USERS

This material was produced from a microfilm copy of the original document. While the most advanced technological means to photograph and reproduce this document have been used, the quality is heavily dependent upon the quality of the original submitted.

The following explanation of techniques is provided to help you understand markings or patterns which may appear on this reproduction.

1. The sign or "target" for pages apparently lacking from the document photographed is "Missing Page(s)". If it was possible to obtain the missing page(s) or section, they are spliced into the film along with adjacent pages. This may have necessitated cutting thru an image and duplicating adjacent pages to insure you complete continuity.

2. When an image on the film is obliterated with a large round black mark, it is an indication that the photographer suspected that the copy may have moved during exposure and thus cause a blurred image. You will find a good image of the page in the adjacent frame.

3. When a map, drawing or chart, etc., was part of the material being photographed the photographer followed a definite method in "sectioning" the material. It is customary to begin photoing at the upper left hand corner of a large sheet and to continue photoing from left to right in equal sections with a small overlap. If necessary, sectioning is continued again — beginning below the first row and continuing on until complete.

4. The majority of users indicate that the textual content is of greatest value, however, a somewhat higher quality reproduction could be made from "photographs" if essential to the understanding of the dissertation. Silver prints of "photographs" may be ordered at additional charge by writing the Order Department, giving the catalog number, title, author and specific pages you wish reproduced.

5. PLEASE NOTE: Some pages may have indistinct print. Filmed as received.

Xerox University Microfilms
300 North Zeeb Road
Ann Arbor, Michigan 48106

Downloaded from SHAREOK. Persistent Handle URL: https://hdl.handle.net/11244/4377

7815363

HUNTLEY, BARBARA DREW
LA PRIMERA JUVENTUD DE RAMON MENENDEZ PIDAL.
(SPANISH TEXT)

THE UNIVERSITY OF OKLAHOMA, PH.D., 1977

University
Microfilms
International 300 N. ZEEB ROAD, ANN ARBOR, MI 48106

THE UNIVERSITY OF OKLAHOMA

GRADUATE COLLEGE

LA PRIMERA JUVENTUD DE RAMON MENENDEZ PIDAL

A DISSERTATION

SUBMITTED TO THE GRADUATE FACULTY

in partial fulfillment of the requirements for the

degree of

DOCTOR OF PHILOSOPHY

BY

BARBARA DREW HUNTLEY

Norman, Oklahoma

1977

LA PRIMERA JUVENTUD DE RAMON MENENDEZ PIDAL

APPROVED BY

James H. Abbott

Lowell Dunham

Robert Ensminger

Seymour Feiden

Pilar Liria

DISSERTATION COMMITTEE

ACKNOWLEDGEMENTS

I extend my deepest appreciation to Dr. James H. Abbott and Dr. Pilar Liria of the Department of Modern Languages of the University of Oklahoma for their assistance as co-directors of this dissertation, and to the Department for its help and support in the course of my work at OU.

This dissertation would not have been possible without the cooperation and friendship of Jimena Menendez Pidal and Diego Catalán Menendez-Pidal whom I visited in Chamartín during the Christmas holidays of 1975 and 1976. They allowed me to consult don Ramón's documents from his early years, and in the stimulating conversations I had with them about their father and grandfather furnished me with valuable information and direction.

I am also grateful to Messrs. Dámaso Alonso and Alonso Zamora Vicente, president and secretary, respectively, of the Real Academia Española, for the time they devoted to me and their permission to use the Academy's facilities in my search for materials. In an unforgettable trip to Salamanca during that first Christmas-research trip to Spain, Mrs. Leo Ibañez viuda de García Blanco, as well as María Teresa Santander, the director of the University of Salamanca library, were both very kind and helpful.

A special debt of gratitude goes to the Library of Congress and its Latin American, Spanish and Portuguese Division where I spent long hours conducting research and never lacked assistance. I was introduced to the LAPS Division by a long-time friend, Dr. Rafael Supervía, of Washington, D.C., of whose lore on Unamuno I have also been the beneficiary over the years.

Last but not least, Julián Marías helped me, in new-found friendship at OU, to decide on the topic of this dissertation and encouraged me to undertake this study of Menéndez Pidal.

INDICE

Capítulo		Página
I.	INTRODUCCION	1
II.	VOCACION	9
III.	EUROPEIZACION	29
IV.	CASTILLA Y LA HISPANIDAD	47
V.	MENENDEZ PIDAL Y UNAMUNO	71
VI.	CONCLUSION	87
BIBLIOGRAFIA		90

LA PRIMERA JUVENTUD DE RAMON MENENDEZ PIDAL

CAPITULO I

INTRODUCCION

En el aislamiento de las montañas y los valles de Asturias, el reino más antiguo de España, iba despertándose en los años de la Restauración la vocación de un joven destinado a fundar la escuela moderna de filología española y a tomar un papel preponderante en la recreación del aletargado espíritu nacional. Hablando de la reconquista medieval, don Ramón Menéndez Pidal describiría a Asturias como la "iniciadora y maestra en el ideal hispano de restauración total."[1] Las mismas palabras nos pueden servir para caracterizar la nueva reconquista, iniciada por él en su mocedad, encaminada a recrear la tradición adormecida de su patria desde los más remotos orígenes históricos, linguísticos y literarios.

En su vejez don Ramón hablaba de haberse encontrado muchas veces remando contra la corriente. Solía hacerlo al referirse a la polémica que sostuvo desde 1910 en adelante con los medievalistas franceses que se opinían a su teoría de la tradicionalidad como característica fundamental de

---

[1] Los españoles en la historia, 2a. ed. (Madrid: Espasa-Calpe, 1971), pág. 130.

la lengua y la literatura española. "Al defenderla sé que voy contra la opinión que se ha hecho más común, sobre todo desde el segundo decenio del presente siglo, y es muy trabajoso remar contra la corriente; pero es preciso remar."[2] Nuevamente, en la ocasión de los 90 años, observaba que tendía con frecuencia a apartarse de la moda corriente. En el mismo discurso, dirigido ante sus colegas de la Real Academia Española, encontramos también la frase, "siendo yo tan apartadizo de la moda," junto con otra mención de sus trabajos epicistas "siempre fuera de la arrolladora corriente de la moda mundial."[3] Esta metáfora tiene para nosotros un interés especial al acercarnos a los años de la primera juventud de Menéndez Pidal.

La obra de Menéndez Pidal está gobernada por una gran unidad de idea, que en su esencia es la preocupación por España y por sus orígenes. En la recreación "desde abajo" de la Edad Media española, supo pausada y sabiamente esclarecer no solamente la tradición épica sino el mismo ser de España. Buscaba en el génesis de las cosas, la explicación de su "porqué."

Carlos Blanco Aguinaga, junto con otros estudiosos de la generación del 98 preocupados por precisar las actitudes de los jovenes que empezaban a actuar en España a finales del siglo, en su "despertar," ha venido insistiendo en el estudio de estos escritores en su génesis, situando este período entre 1890 y 1905.[4]

En mis primeros estudios sobre Unamuno y la generación del 98, que

---

[2] Mis páginas preferidas. Temas literarios (Madrid: Gredos, 1957), pág. 15.

[3] ABC, Madrid, 13 de marzo de 1959.

[4] Carlos Blanco Aguinaga, La juventud del 98 (Madrid: Siglo XX, 1970.

coincidieron con clases explicadas por Dámaso Alonso sobre el poema del Cid, me extrañaba que no se hablara de Menéndez Pidal en relación con el 98. Entonces, me hizo una impresión muy fuerte que Dámaso Alonso afirmara un día que El cantar de Mio Cid debe considerarse una obra del 98. La tendencia actual entre los comentaristas más acreditados es de encajar a Menéndez Pidal dentro de aquella generación e incluso considerarlo como centro de la misma. Aceptando esta hipótesis, nos encontramos con que hay una falta casi absoluta de datos ordenados y coherentes sobre los primeros años de Menéndez Pidal; se desconoce la juventud de él. Los juicios que se dan sobre él como miembro de la generación se han formado desde la perspectiva de la totalidad de su vida y obra, no desde la perspectiva más estrecha y más persuasiva por ser más exacta, de los años en que él empezaba a desenvolverse como uno de los principales protagonistas de la vida cultural española de este siglo.

Al entregarnos a la tarea, hemos ensanchado un poco las fechas escogidas por Blanco Aguinaga. En el caso de Menéndez Pidal conviene ampliar la visión de aquella primera juventud hasta el año 1910, que para él representa el final de una etapa. En ese año se le nombra director del nuevo Centro de Estudios Históricos, dando por terminada una larga etapa de trabajo aislado. Para 1910 ultimaba la edición del Cantar de Mío Cid, la obra que venía formando el núcleo de su actividad intelectual desde 1892. En el mismo año se publicó en Francia L'Epopée castillane à travers la littérature espagnole, en que por primera vez explica en forma de vulgarización, sus estudios sobre la materia épica.

El estudio de los primeros años de Menéndez Pidal no tendría mérito si se limitara a una mera recopilación de datos biográficos; sin desaten-

der el dato biográfico, importante para aclarar confusiones (algunos se empeñan todavía en decir que era gallego) y para precisar la cronología, hemos querido fundirlo con el dato ambiental y circunstancial, lo cual nos ha llevado a pensar si el mismo Menéndez Pidal, siendo autor de la teoría del estado latente en la lengua y la literatura, no habrá vivido en estado latente en su propia época. Según esta teoría, pronunciada oficialmente en los Orígenes del español en 1926 pero presente ya en su obra desde 1908, ciertas actividades literarias, lingüísticas o sociales pueden existir en forma incógnita y oculta, sin que ningún observador se fije en ellas y sin que sean tomadas en cuenta al medir la actividad de aquella época.

Sin entrar en más detalles por ahora, basta fijarnos en la gestación de la obra de Menéndez Pidal para demostrar cómo esta teoría tiene aplicación a don Ramón al comenzar su carrera. Existía en estado latente, desconocida por el mundo de las letras en gran parte. La gestación del Cantar de Mío Cid empezó con el estudio que preparó en 1892 para un concurso de la Real Academia Española. Tardó 16 años en publicarse, refundida totalmente; mientras tanto, fue el motivo de casi todas las obras que publicó entre 1892 y 1908. El Romancero hispánico es el caso más notable de esa larga vivencia en estado latente. Empezaron Menéndez Pidal y su mujer a reunir la tradición oral al comienzo de su matrimonio en 1900. Siempre lo creían de próxima publicación; no se publicó hasta 1957. Su tesis del origen germánico de la epeopeya española se expuso ya en una conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid en 1898; la publicó por primera vez muy ampliada en L'Epopée castillane (1910). Desde 1901 habla de un proyecto de escribir una historia de la lengua y reune materiales para ella; la muerte le alcanzó

sin haberla terminado. En sus Reliquias de la poesía épica española (1951), publica por primera vez textos que son el fruto de sus primeras investigaciones de las crónicas, empezadas en 1892. Sobre los autógrafos del Cid que publicó en 1918 recibió la primera noticia en 1907. Empezó a reunir textos para sus Orígenes del español en 1908 por lo menos:

> ...hace unos 15 años empecé a estudiar los restos del románico español en los pergaminos originales de los siglos X y XI, con la intención de hacer un estudio general de todos ellos y publicar en una abundante crestomatía los fragmentos de documentos notariales que ofreciesen formas románicas.[5]

La epopeya castellana a través de la literatura española, versión española de la obra publicada en Francia en 1910, no se publicó hasta 1945. Tres capítulos del texto original en español se publicaron en Madrid en la primavera y verano de 1910, mereciendo el siguiente comentario por Américo Castro:

> "...el valor de esta obra para la moderna ciencia española es considerable. Por primera vez, vemos en España a la crítica literaria aunando la austeridad de la labor científico-análitca con la visión de aquellos problemas de orden general que...solicitan a todo investigador de la realidad.[6]

Se anunciaba la publicación en España para el próximo año; sin embargo, tardó 35 años en aparecer la versión castellana. Su vivencia en estado latente por cuanto le tocaba a los españoles, fue extraordinaria.

Las exigencias del método que Menéndez Pidal se impuso, su recreación desde abajo de los textos medievales, la lenta acumulación de datos que iban informando aquella cuidadosa reconstrucción, hacían que gran parte de la actividad suya pasara ignorada o desatendida. Sus obras de

---

[5] Orígenes del español (Madrid: Hernando, 1926), pág. 1. Esta página fue impresa en 1923.

[6] Los lunes de El Imparcial, Madrid, 23 de mayo de 1910.

erudición llamaban poco la atención en España en una época en que la erudición se veía como un defecto grave por uno de sus más autorizados portavoces, Unamuno. Trabajaba Menéndez Pidal en silencio, ajeno al bullicio de la época y a todo intento de figurar y hacerse nombre. Dentro de una generación polémica, la protesta de Menéndez Pidal contra la anterior no fue menos auténtica; quizas incluso fue la más auténticamente vivida de todos. Su fidelidad a una vocación decidida y firme hacía que remara contra la corriente constantemente no sólo cara a la generación anterior sino dentro de la suya también. Su meta, sin embargo, su afán, coincidió plenamente con la de todos sus coetáneos -- el deseo de encontrar la España auténtica. En su búsqueda de la tradición auténtica, buscaba la verdad de su patria, haciendo realidad del aforismo pronunciado por Unamuno de que hacer tradición es hacer patria. Dice Julián Marías:

> Lo latente está latente y ese su modo de estar consiste en estar "latiendo", palpitando, actuando históricamente, condicionando la porción de realidad histórica que es patente, visible.[7]

Sin habérselo propuesto, Marías ha explicado cabalmente el rol y la actitud de Menéndez Pidal en aquellos primeros años de su carrera; emanaciones de su obra van llegando a los demás escritores literarios -- prueba de esto tenemos por sus relaciones con Unamuno, nunca estudiadas a fondo. En esta manera de estar suya consiste la explicación de las omisiones también de la crítica noventayochesca posterior.

Nos fijaremos en cuatro aspectos de la primera juventud de Menéndez Pidal: el despertar de su vocación, la recepción en España y el extranjero de sus primeras obras y su decidida orientación hacia Europa; su

---

[7] "El 'claro varón' Menéndez Pidal," Los españoles (Madrid: Revista de Occidente, 1972), pág. 171.

identificación con Castilla y la Hispanidad; y sus relaciones con Unamuno.

La recreación de la primera juventud de Menéndez Pidal no es tarea fácil. Menéndez Pidal no tenía sentido histórico de su vida; no guardó archivo de sus recuerdos. Vivió enteramente entregado y compenetrado con la obra que iba haciendo sin dejar apenas rastro suyo personal para satisfacer la curiosidad del investigador. Recuerdos, algunos fugaces, otros más detenidos, se encuentran salpicados a través de sus libros, artículos, prólogos y discursos, evocaciones breves de su vocación juvenil, del romancero, de su primer viaje a América. En entrevistas celebradas con doña Jimena Menéndez Pidal y su hijo don Diego Catalán Menéndez Pidal, recibí información y orientación muy valiosas. También pude conversar con Dionisio Gamallo Fierros, periodista que durante charlas con don Ramón en los años 1950 y 1960, hizo archivo de muchos recuerdos y se ocupó en documentar los años de estudiante de don Ramón en distintas ciudades y regiones de España. Examiné los periódicos y las revistas de la época en bibliotecas de los Estados Unidos y en la Hemeroteca de Madrid. Finalmente, otra fuente muy provechosa, por ser de primera mano, ha sido la correspondencia de Menéndez Pidal con los filólogos e hispanistas amigos de Europa y América, y la de Unamuno, todavía inédita.

La necesidad de estudiar las relaciones entre Menéndez Pidal y Unamuno me llevó a interesarme por el trabajo que Unamuno había presentado a la Academia en 1893 con motivo del concurso sobre el poema del Cid. Acompañada y ayudada por la profesora Pilar Liria de la Universidad de Oklahoma, pude seguir el hilo de la pista encontrada en la correspondencia con Pedro de Mugica y en un trabajo del profesor García Blanco, hasta descubrir aquel

aquel trabajo en los archivos de la Real Academia Española en Madrid donde había estado, abandonado por Unamuno, desde el fallo del concurso en 1895. El poder contar con ese trabajo ayudó en la reconstrucción de las relaciones entre Menéndez Pidal y Unamuno.[8]

Los senderos por donde don Ramón se paseaba a diario en el jardín de su casa en la Cuesta del Zarzal, se van borrando; hace falta no perderlos de todo, sobre todo los de su primera juventud que ya está tan lejos. A esta finalidad va dedicado este estudio.

---

[8] V. Miguel de Unamuno, Gramática y glosario del Poema del Cid, edición que se publica por primera vez, preparada por Barbara D. Huntley y Pilar Liria (Madrid: Espasa-Calpe, 1977).

CAPITULO II

LA VOCACION

Ramón Menéndez Pidal nació, seis meses después de la Revolución de Septiembre, en La Coruña (Galicia) el día 13 de marzo de 1869. Sobre el fondo de esa revolución liberal, que hizo venir para abajo las viejas estructuras sociales, políticas y religiosas de España, hay que situar las primeras experiencias vitales de Menéndez Pidal.

La Revolución de Septiembre desató una lucha en la sociedad española que duró hasta bien entrado el siglo XX, enfrantándose en ella las fuerzas de la tradición a ultranza y las que abogaban reformas basadas en una mayor libertad, sobre todo en el campo de la enseñanza. Los acontecimientos de 1868 significaban el cambio de una estructura social estática, fundada sobre la autoridad y recelosa de toda novedad, a una sociedad dinámica, animada por la libertad y la ausencia de normas definitivas. El riesgo de cambio que suponía el triunfo de los liberales producía en familias tradicionalistas gran angustia y resistencia.

> On sent une sort d'affolement s'emparer de certains esprits, tradicionalistes outranciers...en face des aberrations dont ils sont les témoins. C'est...la confrontation avec l'inconcevable.[1]

---

[1] Yvonne Turin, L'Education et l'école en Espagne de 1874 à 1902 (Paris: Presses Universitaires, 1959), pág. 17.

Menéndez Pidal pertenecía a una familia asturiana de tradición netamente conservadora. El padre, Juan Menéndez Fernández y Cordero, era magistrado y natural de la villa de Pajares. Por su madre, Ramona Pidal Pando, Menéndez Pidal entroncaba con los Pidales de Villaviciosa, cuyo apellido sonó mucho en la política del siglo XIX. Ella era sobrina de José Pedro Pidal, el primer Marqués de Pidal, ministro y embajador de Isabel II, muerto tres años antes de la Revolución. Luis y Alejandro Pidal y Mon, jóvenes aristócratas hijos suyos, se convertirían pronto en los paladines de los gobiernos que irían alternando en el poder a lo largo de la Restauración.

Cuando nació el niño Ramón, en la calle de Santa María no. 2, llevaba su familia en La Coruña desde 1862 donde el padre estaba destinado como magistrado de la Real Audiencia. Tras la Revolución de Septiembre, se promulgó en 1869 una nueva Constitución; los magistrados por toda España tenían la obligación de jurarla. Contrariado por una clausula que favorecía la libertad de cultos, Juan Menéndez Fernández, católico tradicional hostil a las nuevas corrientes liberales, se negó a prestar juramento y renunció a su cargo. Profundamente afectado, el matrimonio volvió con sus hijos a Asturias. Vivieron allá, pasando una larga y amarga paréntesis en la carrera del padre, hasta la Restauración en 1876.

En sus primeros años, por tanto, don Ramón experimentó muy de cerca la confrontación entre las dos Españas. El sacrificio de su carrera por parte del padre permite pensar que la nueva constitución supuso para él una crisis muy honda.

La familia se quedó en Asturias, probablemente alternando entre Oviedo y Pajares, hasta la formación del primer gobierno de Cánovas y

Castilla, el arquitecto de la Restauración. En cuanto al niño Ramón, esta larga estancia en Asturias dejó una huella muy marcada en su alma infantil; tan es así que las primeras palabras que pronunció después de una trombosis sufrida en 1965, fueron en bable.

De 1876 a 1880 la familia, siguiendo el azar burocrático del padre, ya restituído a su cargo, vivió en Sevilla, Albacete y Burgos. En esta última ciudad el magistrado se enfermó y, el 18 de diciembre de 1880, murió. En seguida, la madre, ya viuda, volvió a Oviedo, estableciéndose allí con sus hijos hasta 1884 cuando se trasladó a Madrid. En esa ciudad, Ramón terminó los estudios de bachillerato en el Instituto del Cardenal Cisneros.

Don Ramón, en su vejez, asentía cuando se le insinuía que los primeros años de su vida pasados en precoz peregrinaje por toda la península (Galicia, Andalucía, La Mancha, las dos Castillas y Asturias) echaron en su corazón las bases de una armoniosa concepción de la patria.[2] Sus primeras impresiones, sin embargo, estaban íntimamente ligadas a Asturias donde pasó la infancia, tres años de adolescente y las vacaciones veraniegas siempre, o en Pajares o en Ribadesella en las costas del Cantábrico. En Pajares, el pueblo del desaparecido padre, situado al pie de las montañas que separan Asturias de Castilla la Vieja, siente los primeros latidos de la vocación.

> Desde mi niñez, tuve yo delante el ejemplo de Asturias, donde el canto de los viejos romances, más que en ninguna otra región, sirve todavía para la danza y para los recreos en común, en las reuniones vecinales, en las fiestas lugareñas, en las romerías religiosas; de ahí arranca mi temprano interés por el

---

[2]Dionisio Gamallo Fierro, ABC, Madrid, 28 de noviembre de 1963.

> estudio de esta poesía y de ahí mi deseo de revitalizarla entre las clases más letradas que la han olvidado casi por completo.[3]

Entre los hermanos de don Ramón, con quien más se entendía era con Juan. Ocho años mayor que él, este hermano, que poseía desde joven el temperamento de poeta, acometió en su mocedad una exploración metódico de Asturias en busca de su poesía y sus leyendas populares. En 1885 publicó una colección de romances asturianos en la cual describe el pueblo asturiano agarrado a sus rancias costumbres y conservando en su memoria muchos de los viejos cantares, "ecos lejanos de otras eras, cual si el verbo de la Edad Media...aun gimiera en los siglos protestando contra la extinción del espíritu nacional."[4] Unido al interés por los romances y las leyendas, iba la preocupación del dialecto, el bable, cuya descomposición lamentaba. Juan Menéndez Pidal, en entusiasmo de mocedad, une la preocupación por la tradición oral con la de la lengua, contagiando con su afán por las canciones populares al hermano pequeño que le acompañaba en sus correrías por la provincia en busca de la tradición escondida. De los hermanos de Ramón, Juan era el con quien más intimaba.[5]

Completando el roce constante con la tradición oral viva en las canciones del pueblo, la tradición literaria se palpitaba en el hogar, cultivada sobre todo en la familia de la madre. Pedro José Pidal (1779-1865),

---

[3] R. Menéndez Pidal, Mis páginas preferidas. Temas literarios (Madrid: Gredos, 1957), págs. 125-26.

[4] Poesía popular. Colección de los viejos romances que se cantan por los asturianos en la danza prima, esfoyazas y filandenes recogidos directamente del pueblo, de Juan Menendez Pidal (Madrid, 1885), pág. ix. Se cita del prólogo, firmado en Pajares, 1883.

[5] carta dirigida a Unamuno, 8 de marzo de 1916.

además de político, desde muy joven se interesó en la literatura. Descubrió importantes fragmentos de la poesía medieval en los archivos nacionales y fue responsable de la publicación en España del Cancionero de Baena, trayéndolo desde Francia, encomendando la edición a Gayangos y costeando su publicación. El que más influyó en la vocación de Ramón y Juan fue su tío, Luis Pidal y Mon (1842-1915), hijo mayor del Marqués y heredero del título. Hombre estudioso, con una buena biblioteca, dueño del códice del Cid, era, según su sobrino Juan, un hombre "de procer entendimiento, de condición dulce y tranquila, naturalmente inclinado al estudio."[6]

Atraído instintivamente por la historia y las letras, a la hora de escoger la carrera, Ramón se encontró con la resistencia familiar. La idea de seguir Letras como carrera iba en contra de la tradición; su madre y sus tíos querían que estudiara, como sus hermanos, la carrera del padre, Derecho. Tenaz en su propósito, consiguió que transigieran, a cambio de que simultaneara con el estudio de las Letras, el Derecho. Esta última carrera la dejó sin terminar.

> Bien sabemos los que, poco más o menos, somos de esa época, porqué había que estudiar a la vez Derecho y Letras: una carrera para contentar a los de casa, otra para satisfacer nuestras aficiones; bien sabemos cuánto esfuerzo de orientación espontánea se necesita para resistir la experta presión familiar.[7]

Menéndez Pidal se licenció en Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid en 1890. De la licenciatura, hecha en una universidad que en aquellos años estaba en estado caduco, postrada en la rutina y en la

---

[6] J. Menéndez Pidal, Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública de _____, el día 24 de enero de 1915. (Madrid: Tip. de la Revista de Archivos, 1915), pág. 5.

[7] R. Menéndez Pidal, Discurso de contestación en la recepción pública de Eduardo Gomez de Baquero en la Real Academia Española, el día 21 de junio de 1925 (Madrid: Tip. de la Revista de Archivos, 1925), pág. 37.

polémica con los "krausistas"[8], Menéndez Pidal guardaba recuerdo especial de dos profesores cuya postura representaba el conflicto entre el sector que quería renovar la enseñanza y el otro resistente a cambios. Al profesor de árabe, Cordera, aragonés, le recordaba por su precisión y su actitud de estar muy al día. "Su hipercrítica escéptica...nos resultaba muy saludable frente a tanta afirmación magistral como oíamos en las cátedras."[9] Del segundo, Sánchez Moguel, catedrático de Historia de la literatura castellana, hablaba con ironía, "despectiva siempre, considerándolo un poco el retórico, el amanerado que en aquellos tiempos era costumbre encontrar en las aulas."[10] El vanidoso Sánchez Moguel, que carecía de objetividad científica, pretendía que todo lo que supiera los alumnos lo aprendiera de él. Los dos, él y Menéndez Pidal, concurrían a la gran biblioteca del Ateneo, donde Menéndez Pidal manejaba por primera vez los libros y manuales de los filólogos extranjeros, no habiendo en la Universidad de Madrid cátedra de filología románica. Sánchez Moguel, reparando un día en que su alumno leía la Gramática histórica-comparativa del filólogo alemán Federico Díez, le advirtió que hacía mal en leerlo, "que no sacaría de ella más que una olla de grillos en la cabeza." Al observar en días sucesivos que Menéndez Pidal reincidía en la lectura de Díez, le trató con despego y las relaciones entre

---

[8]El movimiento intelectual conocido por el nombre de krausismo tuvo su auge en España en los años siguientes a la Revolución de Septiembre, llegando hasta poco después de la Restauración. Fundado por Sanz del Río, cuya doctrina de un racionalismo armónico fue inspirada en Krausse, el filósofo alemán, creían que el advenimiento de un mundo mejor vendría no por vías revolucionarias sino del "perfeccionamiento del individuo por medio de la educación y el ejemplo personal." v. J. López-Morillas, Hacia el 98 (Barcelona: Ariel, 1972).

[9]Carmen Conde, Menéndez Pidal (Madrid: Un. Editorial, 1969), 29.

[10]Guillermo Díez-Plaja, "Ramón Menéndez Pidal," La Torre, no. 70 (oct-dic. 1970) y no. 71 (enero-marzo 1971), pág. 168.

los dos se enfriaron bastante.[11] El aprendizaje de Menéndez Pidal en cuanto a la filología fue simple efecto de las lecturas hechas. Como los demás de su generación, fue autodidáctico. Entre los autores que más le influyeron, figuran en primer plano el catedrático catalán Manuel Milá y Fontanals y el maestro francés Gaston Paris.

> Allá a los 17 años de edad, cuando entré en la Universidad de Madrid, cayó en mi poder un ejemplar de ese gran libro de Milá Poesía heroico-popular castellana, y su lectura me atrajo con instintivo afecto, porque en la escueta concisión de aquellas páginas se desplegaba ante los ojos un amplio y riquísimo cuadro de poesía medio historial, medio novelesca, que Amador de los Ríos no había logrado ver en su monumental Historia de la Literatura, cuadro que me abría perspectivas varias a mis primeros intentos de observaciones propias sobre cuestiones literarias y que...me sirvió de punto de partida para muchos trabajos personales.[12]

La lectura de los estudios de Paris fue la que despertó el primer amor a las antiguedades medievales; después no dejó de admirar sus obras "como norte lejano del método, la elevación y el buen gusto científicos."[13]

> Aunque le había tratado sólo en cortas visitas, le tenía afecto como a un maestro. Y en cierto modo podía honrarme llamándome así: sus estudios sobre La poesie au Moyen Age fueron de mis primeras lecturas serias y me causaron un deleite y admiración decisivos en aquella edad para mi vocación, la cual se guió siempre después con las lecturas de los trabajos de G. Paris.[14]

---

[11] Conde, pág. 30. Menéndez Pidal leía la Gramática de Diez en la traducción francesa.

[12] R. Menéndez Pidal, La épica francesa y el tradicionalismo (Barcelona: Universidad de Barcelona, 1958), págs. 5-6.

[13] R. Menéndez Pidal, La Lectura, Madrid, III (abril 1903), pág. 549.

[14] carta de Menéndez Pidal a Morel-Fatio, 18 de mayo de 1903, reproducida en J. Lamartinel, Cuadernos Hispanoamericanos, nos. 248-250 (1969), pág. 253.

Como testimonio de la vocación lingüística-literaria de Menéndez Pidal, nos queda su primer artículo, titulado "La peregrinación de un cuento" publicado en forma de folletín en Oviedo del 31 de agosto al 25 de octubre de 1891. Lo escribiría durante las vacaciones veraniegas en Asturias después de terminar el curso del doctorado en Madrid.

> Mi primera publicación fue el comentario de un cuento oído por mí a una vieja de Pajares del Puerto, cuento que, en dialecto "payariego", reflejaba todo el enrevesado problema de la introducción de la cuentística oriental en Europa. El conocido médico y escritor Eladio García Jove, oyéndome en conversación ese comentario me obligó a escribirlo para su periódico local El Porvenir de Laviana el año 1891. Este bautismo literario es de lo más modesto que pueda imaginarse; sin embargo, su recuerdo me es halagueño, porque en ese pobre artículo periodístico se inició una vocación decidida y firme.[15]

Aparte de la madurez del método que se vislumbra en esta primera publicación, lo que más asombra es quizás la presencia de una llamada entusiasta a todos los que leyesen el artículo:

> Yo no acabaré sin pediros un favor que es la colaboración de todos los que las presentes líneas leyeren, en la obra de recoger de la boca de la gente del pueblo o de la de las personas que hayan vivido largo tiempo en las aldeas, toda clase de cuentos o fábulas por insignificantes que parezcan, y sin alterarlos en lo más mínimo, enviarlos a la redacción de El Porvenir en el que se les dará cabida.[16]

La colaboración fue deseo constante en Menéndez Pidal. Su obra de recreación de los orígenes de la lengua y la literatura se enfocó ya desde los 22 años como una empresa nacional. En 1947, hablando de la conquista española de América, la define como "la colaboración difusa de la nación entera en una obra expansiva y civilizadora."[17] El afán de colaboración está presente en toda la obra de Menéndez Pidal, pero en ninguna parte tan

---

[15] Archivium, Oviedo, IX (1959), pág. 7. [16] Ibid, pág. 22.

[17] Los españoles en la historia, pág. 104.

patente como en su búsqueda de la tradición oral; aquí en este modesto artículo lanza su primera llamada para que el pueblo asturiano colabore con él en la redención del pasado. Esta modalidad, el entusiasmo con que procura la ayuda del pueblo y de los literatos eruditos en su obra, parte íntegra de su vocación, la encontramos presente desde 1891.

La verdadera orientación de la vocación de don Ramón como filólogo y lingüista se cuaja al año siguiente en el mismo mes en que termina el doctorado, junio de 1892. Se doctoró el 27 de junio tras la defensa de una tesis sobre el Conde Lucanor de don Juan Manuel ante un tribunal de catedráticos presidido por Sánchez Moguel. El 24 de junio de 1892 la Real Academia Española anunció la convocatoria de dos certámenes, titulados respectivamente "Gramática y vocabulario del poema del Cid" y "Biografía y estudio crítico de cualquier escritor castellano de reconocida autoridad literaria y linguística y cuyo nacimiento haya sido anterior al siglo presente." Don Ramón, firme ya en su vocación para las letras, decide presentarse al concurso sobre el poema del Cid. La convocatoria, coincidiendo con la terminación del doctorado, decide la orientación de Menéndez Pidal hacia la linguística:

> A los 23 años mi entrada en el campo de las letras tomó dirección lingüística, porque respondía al propósito de acudir a un concurso abierto en 1892 por la Academia Española sobre la Gramática y Vocabulario del Poema del Cid.[18]

Empieza desde este momento, decisivo para él, lo que llamaría, refiriéndose a Cervantes, una "íntima y prolongada convivencia del artista con su creación"; comienza una íntima y prolongada convivencia con el Cid, dedicado a la reconstrucción del viejo cantar y de la figura histórica del Campeador.

---

[18] Mis páginas preferidas. Temas literarios, pág. 8.

Seleccionando como lema el verso 3378 del Poema -- "Quien nos darie mueuas de myo Cid el de Biuar?" -- Menéndez Pidal preparó para la Academia un trabajo revolucionario que se llevó el premio de 2.000 pesetas y medalla de oro. Cumplió el plazo para la presentación de los trabajos, cerrado el 30 de junio de 1893, como último de los concursantes, sin darse cuenta de que el primero en someter el suyo había sido don Miguel de Unamuno, catedrático de griego de la Universidad de Salamanca.

Con el trabajo que preparó Menéndez Pidal se inaugura el estudio "desde abajo" de los escasos restos de la epopeya española. El enfoque de su trabajo y el espíritu que le guió en su preparación, se encuentran resumidos en una antología publicada en su vejez:

> Me guiaba instintivamente un principio que siempre después he tenido como esencial, de no atacar un problema sin tener en cuenta a la vez los problemas a él colaterales y conjuntos, un deseo de firmeza en los juicios. Es el principio de la plenitud: en un estudio todo lo que es oportuno, urge inexcusablemente; lo cual ha de completarse con el principio de la sobriedad: todo lo que no hace falta, sobra. Esto me llevó a tratar no sólo la Gramática y el Vocabulario del Poema cidiano, como el concurso pedía, sino también, imprescindiblemente, el Texto del poema que, conservándose sólo en un remozamiento del siglo XIV, era preciso reconstruirlo...y por eso tuve que estudiar las Crónicas donde el poema se hallaba prosificado.[19]

El poema del Cid se convirtió en preocupación central de Menéndez Pidal en los años posteriores. Toda la obra realizada a partir del concurso hasta la publicación del primer tomo de la edición premiada (1908) se hizo en torno a la solución de los problemas que presentaba el códice único del Poema -- la fecha de la escritura y la fecha de composición del cantar, estudio de las abandonadas crónicas medievales, restauración del comienzo perdido del poema, estudio de la geografía como medio de localizar la región en que fue escrito y de la métrica y asonancia

---

[19] Ibid.

como necesarios recursos para enmendar el códice. No conocemos el primitivo estudio de Menéndez Pidal -- no así el de Unamuno que se ha desenterrado últimamente de los archivos de la Academia -- pero sí sabemos que tan acertado estaba en su método al elaborarlo que, al publicar El Cantar de Mío Cid 16 años más tarde, pudo declarar que lo hacía "sin alteración en el primitivo plan, ni siquiera en el número y contenido de los párrafos en que al comienzo lo dividí."[20]

Aunque el primitivo trabajo de Menéndez Pidal sigue sin conocerse, existe entre los papeles guardados en su despacho en Madrid una hoja manuscrita de hacia 1893 que contiene una primitiva expresión de sus ideas sobre la epopeya. De estilo barroco, característica de sus primeros escritos, refleja ideas incipientes sobre la tradicionalidad; la hoja está escrita con mano nerviosa que nos habla de la fatiga de un joven movido ya por grandes inquietudes.

> La épica es la poesía más misteriosa y la que produce árboles más corpulentos en el vergel de las musas. Engendrada en las tinieblas de las edades primitivas crece gigantesca como las plantas antediluvianas y cuando el hombre puede fijar en ella sus ojos críticos ya no la sorprende en su período de nacimiento sino completamente desarrollada en su constante remudar de hojas (la epopeya se renueva y deja morir los antiguos heroes y canta los nuevos por un tránsito casi insensible) o vela ya helada por el invierno de las épocas reflexivas, seca sin hojas (v.g. traducida a la prosa de la Crónica de España de Alf. X) ni flores poéticas, o fósil y petrificada en algún frío relato de una crónica legendaria y las más de las veces sólo puede alcanzar un recuerdo de que allá en lejanas edades se cantaba a tal heroe. La lírica produce solo florecillas que a veces se desarrollan y abren lozanas con el riego culto pero que siempre viven poco y de su existencia fugitiva sin apenas enlace entre unas generaciones y otras poco estudio se puede hacer. El perfume del sentimiento no lo heredan unas de otras, brota en cada una espontáneo. En cambio los seculares robles y encinas épicos crecen con profundas raíces que chupan para sus robustas venas el jugo entero de la vida de un pueblo. Y el hervor de la sangre

---

[20] Cantar de Mío Cid, I (Madrid: Bailly-Baillière e Hijos, 1908), pág. vi.

> guerrera de un pueblo trasmite sus latidos a la epopeya que es eminentemente bélica. Aun la epopeya nupcial o la genealógica su más común adorno son guerras y venganzas. Pues bien las descripciones de batallas son por esto mismo compuestos de fórmulas tradicionales que se repiten sin cansancio y sin cambio posible de sustitución por la epopeya cada vez que renueva su follage y canta a nuevos héroes.

En la votación celebrada el 7 de febrero de 1895 sobre los trabajos recibidos, Menéndez Pidal recibió todos los votos menos uno. La decisión de la Academia, cuya comisión para juzgarlos fue presidida por Menéndez Pelayo, fue comunicada a Menéndez Pidal en carta fechada el 9 de febrero.

Los académicos habían tardado año y medio en dar el fallo del concurso. Decidido ya el camino que iba a seguir, Menéndez Pidal no esperó la decisión de la Academia para continuar su investigación de las Crónicas, tarea necesaria para reconstruir el texto del poema del Cid. Trabajando de "empleadillo" en el Ministerio de Fomento, esperando la oportunidad de hacer oposiciones a cátedra y resistiendo firme los intentos de su tío Alejandro de tirarlo hacia la política, se concentra desinteresadamente en la catologación de las Crónicas Generales de España, depositadas en la Biblioteca Real de Madrid. Las describe como "una extensa e inexplorada región de nuestra literatura," "verdadera selva selvaggi ed aspra e forte, cuya espesura difícilmente dejaba entrar el rayo de sol," "ese bosque," "silvestre maraña de abandonados manuscritos," metáforas todas propias del explorador y conquistador.[21] Era un trabajo en que habían fracasado varias comisiones de la Academia de la Historia. Poco a poco iba descubriendo Menéndez Pidal en aquellas crónicas no sólo el desarrollo de la historiografía nacional a través de los siglos XII al

---

[21] Mis páginas preferidas. Temas literarios, pág. 8.

XV sino también la poesía heroica de España. Un día se le saltó a la vista en una de las crónicas las palabras iniciales de uno de los capítulos: "Alicante desque paso el puerto...." Fueron para él, como para el profeta, un relámpago que rasgaba una espesa oscuridad. Veía delante de sí un texto épico del siglo XIV que estaba en impresionante relación con el romance del XVI:

> Partese el moro Alicante,
> Vísperas de San Cebrián
> Ocho cabezas llevaba
> Todas de hombres de alta sangre, etc.

Para Menéndez Pidal se quedaba así al descubierto el entronque entre la poesía épica y el Romancero, es decir, la epopeya espa-nola vista por primera vez en su ininterrumpida continuidad, ignorada por cuántos le habían precedido.

El 7 de marzo de 1894, don Ramón, en carta abierta a Cánovas del Castillo, Director de la Academia de la Historia, reveló haber encontrado, trabajando sobre los manuscritos de las bibliotecas real y nacional "largos fragmentos de un desconocido poema de los siete Infantes de Salas."[22]

Se le impuso un estudio inmediato para rescatar los restos del poema que habían sido recogidos, igual que otros poema épicos, como historia auténtica por los cronistas. Siguiendo como modelo la Histoire poetique de Charlemagne de Gaston Paris, escribió su primera obra maestra, La leyenda de los Infantes de Lara, publicada en noviembre de 1896, con dedicatoria a Cánovas del Castillo. En este mismo mes llegaba a Madrid un joven valenciano, José Martinez Ruiz, dispuesto a abrirse mundo entre los literatos y críticos y trayendo bajo el brazo un fajo de ensayos en que

---

[22] carta publicada en La Epoca, Madrid, y citada por D. Gamallo Fierros, Menéndez Pidal en el año 98, separata de la Revista del Inst. José Cornido de Estudios Coruneses, año 10, no. 4 (1968), pág. 57.

pregonaba la necesidad de que hubiera en España científicos, "hombres que dedicaran sus energías a la investigación de la verdad" y lamentaba que el tipo medio de escritor español no concibiera una existencia dedicada al trabajo puramente intelectual.[23]

En el prólogo de La leyenda de los Infantes de Lara, Menéndez Pidal ya da pruebas de su laboriosidad y templanza en medio de un ambiente poco acogedor:

> Examiné 40 crónicas, cuantas pude hallar. Sé que habré cometido bastante yerros de detalle, y algunos los reconozco ya; pero encontraría disculpa en quien considere que éste es el primer ensayo de una edición crítica de las crónicas castellanas, y que el que empleó muy pesadas horas en el cotejo y estudio de los códices no hallará, fuera de esta benevolencia pedida, más pago que la especie de oprobio que pesa sobre esta clase de trabajos, mirados por la mayoría de la gente como muy dignos de castigo.[24]

Muy sentidas palabras, que reflejan la actitud hacia él y su preocupación por las crónicas de personas como Francisco Navarro Ledesma, archivero en Toledo, que en carta a Pepe Cuba fechada el 4 de mayo de 1895, decía:

> Aquí he tenido estos días en Toledo a Ramón Menéndez Pidal, excelente muchacho cuyo único defecto es la asiduidad con que se dedica al estudio de los cronicones de la Edad Media, creyendo con la más absoluta candidez que eso sirve para alguna cosa. Es una lástima que inteligencias agudas y perspicaces como la suya se malgasten en tan ratoniles menesteres, habiendo, como hay aquí, tal necesidad de un sursum corda general, de una general elevación de inteligencias, para salir del ordinarísimo e irritante marasmo que en todas partes domina.

Y comenta Carmen de Zulueta, tras publicar esta carta:

> Poca cuenta se daba Navarro Ledesma de que su "ratonil" compañero, con sus cronicones medievales, estaba participando de ese sursum corda general, y conquistando para él y para España un nombre y

---

[23] "Anarquistas literarios," ensayo de 1895, en Obras completas (Madrid: Aguilar, 1975), pág. 173.

[24] La leyenda de los Infantes de Lara (Madrid: Imprenta de los hijos de J. M. Ducazal, 1896), pág. xv.

> reputación, mientras que él, Navarro, por el contrario, a pesar de sus buenos deseos, estaba malgastando sus energías y su talento en la obra efímera y pasajera de un periodismo de momento que casi no dejó huella.[25]

A lo largo de estos primerísimos años de su carrera en que se dedicaba a la ingrata labor de estudiar las crónicas, demostrando gran tenacidad y constancia, Menéndez Pidal empieza a tratar cada vez más de cerca a Menéndez Pelayo. Había sido discípulo suyo cuando cursó el programa del doctorado en 1890-91. Por otro lado, desde hacía años, Menéndez Pelayo conocía y trataba en los salones de Madrid a Alejandro Pidal. Con su auxilio había conseguido en 1878 que el Rey diera una ley especial rebajando la edad de los catedráticos a los 21 años, permitiéndole presentarse a oposiciones a la cátedra de Historia crítica de la literatura comparada en la Universidad de Madrid. Sin embargo, a pesar de la amistad "de salones" que tenía Menéndez Pelayo con Alejandro Pidal, no parece que él y Menéndez Pidal se trataran en ese plano, sino primero en la Universidad y después en la tertulia que Menéndez Pelayo celebraba con sus discípulos en su oscuro despacho de la Academia de la Historia donde era director de la biblioteca. Es por medio de esta tertulia que Menéndez Pidal, terminado la Universidad, empezó a disfrutar de la genial conversación de su maestro. Entre ellos, discípulo y maestro, separados sólo por 13 años de edad, se iba formando una respetuosa amistad, el discípulo admirado de las esplendidas síntesis e intuiciones literarias del maestro y éste, del talento analítico y dedicación a la ciencia, tan ajena a su propio temperamento, del alumno.

Durante los años fineseculares, el Ateneo de Madrid, según un comentario melancólico hecho por Menéndez Pidal en 1926, era un centro

---

[25]Carmen de Zulueta, Navarro Ledesma: el hombre y su tiempo (Madrid-Barcelona: Alfaguara, 1968), págs. 33-34.

donde la juventud hallaba condensados los mayores estímulos para el trabajo intelectual.[26] La inauguración por Cánovas de la nueva casa del Ateneo en 1885 coincidió con la entrada en la Universidad de Menéndez Pidal; allá, mediante lecturas hechas en su biblioteca, corregía las deficiencias de la Universidad. El Ateneo trabajaba al margen de la política, animado por el espíritu liberal de la Institución Libre de Enseñanza, cuyos dirigentes estaban convencidos de la insuficiencia de la acción política para cambiar la sociedad; la transformación duradera, pregonaban los institucionistas, sólo se daría a través de la educación.

En 1896, el Ateneo fundó una Escuela de Estudios Superiores, inaugurada el 22 de octubre por Segismundo Moret, Presidente del Ateneo al mismo tiempo que Presidente de la Junta Directora de la Institución, con el fin de que fuera un lugar donde se cultivara la ciencia por la ciencia. La Escuela, cuyo modelo fue la Sociedad Inglesa para el progreso de las Ciencias, recibió una subvención del Estado de 50.000 pesetas con la que se pagaba a los profesores, libremente designados por la Junta Directora del Ateneo. En el primer curso, que duró del 15 de octubre al 15 de abril de 1897, comenzó a dictar Menéndez Pelayo sus renombradas clases sobre los grandes polígrafos españoles; y Emilia Pardo Bazán llenaba los salones cuando leía sus conferencias sobre la literatura contemporánea. Entre los demás conferenciantes figuraban Ramón y Cajal, Echegaray, Ortí y Lara y, el más joven de todos, Menéndez Pidal quien habló sobre "Los orígenes de la lengua castellana."

Sin desconocer su preparación, la crítica de sus conferencias no le era del todo favorable, según un testimonio indirecto recibido a través

---

[26] Boletín de la Real Academia Española, XVIII (1926), pág. 6.

de Unamuno; preguntando por las clases de Menéndez Pidal a su amigo Mugica en Berlín, decía que "me han dicho que...habla encogido, sin brío, ni alma, y que todo le resulta pobre."[27] En 1902, la prensa madrileña mencionó su falta de elocuencia en el Ateneo, pero defendió su caudal de conocimientos linguísticos:

> No era elocuente, ni sus estudios de la evolución de nuestro romance primitivo se prestaban a la peroración brillante: hablaba con tímidez, pero al marcar en el encerado cómo se transformaban los vocablos y la construcción gramatical de la lengua madre para dar caracter a la nuestra, no podía dudarse de que poseía un caudal de observaciones difíciles y propias, de que explicaba un profesor de los que saben, no de los que bullen y aparentan.[28]

Menéndez Pidal faltó en el curso del año siguiente (estaba en Francia) pero volvió a participar en la Escuela de Estudios Superiores en el curso de 1898-99, pronunciando clases sobre "La leyenda del Cid en la Edad Media," en las que expuso por primera vez su hipótesis sobre el origen germánico de la epopeya española. El Heraldo de Madrid comentó estas conferencias el 18 de octubre de 1898 dado la novedad de la hipótesis.

Don Ramón pasó el invierno y primavera de 1898 en Toulouse terminando su aprendizaje en filología al lado de los romanistas franceses. De vuelta a España en mayo de 1898, encontró a su patria doblada ante el dolor de la pérdida de la escuadra española en Filipinas. Su reacción consistió en seguir silenciosamente laborioso. Preguntado en su vejez si él había tenido alguna actitud ante el desastre, contestó sobriamente: "En

---

[27] Cartas inéditas de Miguel de Unamuno, recopilación y prólogo de Sergio Fernandez Larraín (Santiago de Chile: Zig-Zag, 1965), carta fechada el 1 de diciembre de 1896, pág. 247.

[28] Ilustración española y americana, Madrid, 22 de octubre de 1902.

aquellos años yo me había entregado al estudio de nuestras crónicas."[29] Una reacción más personal se encuentra en carta dirigida a Rufino José Cuervo, el filólogo colombiano que acababa de conocer en Paris:

> Ya ve qué mal he hallado a mi país; la única preocupación es la guerra que nos rodea por todas partes. Vds. sentirán como hermanos los males que sufre España, pues la suerte de nuestra raza está bastante unida. Quiera Dios que salgamos pronto de esta dificil situación.[30]

Menéndez Pidal había terminado sus crónicas en Francia. Un mes y medio después de su vuelta a España, el 16 de junio de 1898, el Catálogo de la Real Biblioteca, que llevaba imprimiéndose, a expensas de la Corona, desde abril de 1896, se acabó de imprimir. En aquel terrible verano de 1898, aturdido el país por el derrumbamiento de las colonias, empezaron a repartirse los 250 ejemplares de aquella primorosa obra, primer hito en la recuperación de la historiografía nacional. En el prólogo, fechado mayo de 1898, advertía lo siguiente:

> La tarea [había sido] de todo punto necesaria tratándose de las obras de Alfonso el Sabio y de la copiosa serie de obras anónimas hechas a su imitación, que forman, no sólo la parte más importante y más original, sino también la más desconocido de nuestra antigua literatura histórica.[31]

Deslindando las diversas clases de compilaciones historiales, dando nombre a las que de él carecían por ser desconocidas, colocándolas según su órden cronológico y determinando las relaciones de parentesco que había

---

[29] citado por D. Alonso, "Menéndez Pidal y la generación del 98," Revista de Letras, I (1969), pág..225.

[30] Fernando Antonio Martinez, Ramón Menéndez Pidal y Rufino José Cuervo, correspondencia epistolar (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1969), pág. 18.

[31] Catálogo de la Real Biblioteca, Manuscritos, Crónicas generales de España, descritas por Ramón Menéndez Pidal con láminas hechas sobre fotografías del Conde del Bernar (Madrid: Suc. de Rivadeneyra, 1898); se cita de las págs. vii-ix.

entre ellos y su valor relativo, el estudio, insistía, no tenía un mero interés literario; encerraban las Crónicas datos ignorados acerca de la perdida poesía épica. Tampoco para la historia de la Edad Media era insignificante la comparación crítica de todas esas compilaciones:

> Sin saber cuáles elementos son en ellas originales y cuáles proceden de refundición de obras anteriores, sin conocer las distintas versiones de los hechos contenidas en ellas y sin apreciar el espíritu que las anima, ora de acatamiento al poder oficial, ora de simpatía hacia los elementos sociales que con él luchaban, no se podrá llegar a establecer la verdad de muchos sucesos. Y lo peor es, que este trabajo comparativo es hoy casi imposible, pues exige como condición necesaria la edición, en unos casos íntegra y en otros parcial, de todos esos monumentos inéditos.

Esta necesidad le impulsaría a empezar inmediatamente una edición de la Primera Crónica General, el primer monumento de la historiografía nacional, cuyo verdadero texto estaba sin conocer; ni se sabía dónde se encontraba. En el Catálogo de Crónicas, se abstuvo Menéndez Pidal de toda consideración sobre este punto, la cautela aconsejándole así en vista de los pocos códices de esa Crónica que existían en la Real Biblioteca y la imposibilidad en aquel momento de estudiar el que había en el Escorial. La reconstrucción de la Crónica de Alfonso el Sabio fue una obra que le tuvo "tristemente abrumado" hasta la hora de su publicación en 1906, según confesión hecha a Cuervo a finales de 1905.

Menéndez Pidal remató los años 1898 y 1899 con la publicación de otras obras innovadoras: su edición anotada del texto del poema del Cid, primer fruto de los estudios cidianos comenzados en 1892; el primer estudio de dialectología realizado en España; una antología escolar, hecha en 3 semanas a petición de Menéndez Pelayo, que reune sus ideas sobre reformas en la enseñanza universitaria; y la publicación por primera vez de un

artículo en una revista del extranjero, también en torno al poema del Cid.[32]

Remató el siglo también ganando las oposiciones a la nueva cátedra de Filología comparada del latín y el castellano en la Universidad de Madrid. Optimista y satisfecho, después de haber dedicado gran parte del año a preparar aquellas oposiciones, escribe estas palabras a Cuervo el día de Navidad de 1899: "Al fin ya se han hecho [las oposiciones] y no puedo quejarme pues ya soy catedrático de esta facultad de Filosofía y Letras, desde el día 21 de corriente."[33] La primera fase de aquella carrera que iba a prolongarse durante buena parte del siglo siguiente estaba cumplida.

---

[32]Estas obras son: Poema del Cid: Nueva edición (Madrid: J. M. Ducazal, 1898); Notas sobre el bable hablado en el Concejo de Lena (Gijón, 1899); Antología de prosistas castellanos (Madrid: Imp. del Inst. Geográfico y Estadístico, 1899); y "El poema del Cid y las crónicas generales de España," Revue Hispanique, V (1898), págs. 435-469.

[34]F. A. Martinez, pág. 31.

CAPITULO III

EUROPEIZACION

Las obras publicadas por Menéndez Pidal (y las que tiene en preparación) antes de terminar el siglo poseen una orientación definida. Aprovechando la filología histórica-comparativa aprendida en sus lecturas de los lingüistas europeos y adoptándolo a las necesidades españolas, se concentró en la preparación de ediciones esmeradas de los más importantes textos medievales. Su obra entera en esta época está dedicada a la reconstrucción "desde abajo" del patrimonio nacional en su historia, lengua y literatura. Al recibir el siglo, puede enorgullecerse de haber hecho adelantos importantes: catalogación de las crónicas, primera edición en España del poema del Cid basada en un estudio paleográfico pormenorizado del códice único, edición crítica de una de las más importantes leyendas de la epopeya y descubrimiento de su entronque con el romancero, introducción de la dialectología en España. En un país donde no había filólogos antes, se destaca de repente como uno de los más importantes de Europa.

Los historiadores de la lengua, discípulos de Menéndez Pidal, se han ocupado del estado lamentable de los estudios filológicos e histórico-literarios en España durante el último tercio del siglo pasado. Un panorama desconsolador, en cuanto a la lingüística, sin que las corrientes

europeas apenas hubieran tenido eco en España; la investigación de la lengua medieval y de los dialectos, en manos de lingüistas extranjeros; las ediciones fidedignas de los textos literarios medievales casi todas extranjeras también.[1] En lo que se refiere a la historia literaria, el único que aplicaba el rigor del método científico era Milá y Fontanals, pero debido a su excesiva concisión y oscuridad, la obra maestra del profesor catalán, De la poesía heroico-popular castellana (1874), no tuvo resonancia inmediata en España. Su discípulo Menéndez Pelayo, más absorbido por preocupaciones estéticas e ideológicas, huía todo estudio pormenorizado de los textos. Milá no tuvo continuador en él sino en Menéndez Pidal que reconoció en el medievalista de Barcelona una decisiva influencia en su vocación.

Aparte de sus lecturas, que iban contrarrestando la aridez que le rodeaba por todas partes en sus primeros años universitarios, Menéndez Pidal no desperdició oportunidad de entablar el diálogo con los filólogos que pasaban por España de otros países. El primero que conoció, todavía estudiante, fue el portugués Leite de Vasconcellos; coincidieron en las clases de Sanchez Moguel. Leite de Vasconcellos le estimuló en su interés por la filología; en septiembre de 1890, le escribió desde Portugal: "Eu so estimo que na abandone o estudo comecado, e se dedique, de alma e coracao, a philologia hispanhola."[2] Desde España Menéndez Pidal le escribía cartas en dialecto de Pajares y Leite le enviaba sus dialectos Alemtejanos, el primer estudio dialectal que leyó Menéndez Pidal. Los

---

[1] v. R. Lapesa, "Don Ramón Menéndez Pidal: Los trabajos y los días," Razón y fe, 179 (1969), págs. 574-492; y D. Alonso, "Menéndez Pidal y la cultura española" Iberorromania, I (1969), págs. 125-134.

[2] D. Gamallo Fierros, Menéndez Pidal en el año 1898, pág. 56.

unió también el interés de ambos en la tradición oral, en los romances que la gente humilde ambos países seguía cantando en las aldeas. Otro español, el vasco Unamuno, sediente de intercambios linguísticos, acudió a su amigo Pedro de Mugica en Berlín, también en 1890, protestando la situación en España: "De filología aquí no hay más que algún aficionado, ni saben lo que es," y pedía que le pusiera en contacto con sus amigos alemanes dedicados a la filología.[3] Tanto Menéndez Pidal como Unamuno mostraba un decidido interés por las corrientes científicas de Europa.

El gran diálogo con los filólogos del extranjero, en cuanto a Menéndez Pidal, comenzó con la publicación de La leyenda de los Infantes de Lara. El primer ensayo de una edición crítica de las crónicas castellanas, el libro fue juzgado de inmediato como estudio definitivo de una de las más antiguas leyendas peninsulares. En él, Menéndez Pidal sigue el asunto de la leyenda en sus distintas manifestaciones desde la poesía épica a través del romancero de los siglos XV y XVI, el teatro clásico y el romanticismo. Corona la obra con una investigación del estado actual de la tradición en el pueblo, fruto de un viaje hecho en septiembre y octubre de 1895, acompañado por José Lomba y Pedraja, en elque recorrieron a caballo las provincias de Burgos y Soria siguiendo los principales itinerarios descritos en los cantares de gesta. Una segunda parte del libro reproduce textos y fragmentos de las crónicas y del teatro; en el Apéndice hay una descripción detallada de los manuscritos y reconstrucción de los cantares encontrados por Menéndez Pidal en dichos manuscritos.

---

[3] Cartas inéditas de Miguel de Unamuno, pág. 71.

Milá había establecido que los romances eran fragmentos desgajados de los poemas épicos; Menéndez Pidal establece la tradición continua, la prolongada e ininterrumpida existencia de los poemas épicos, demostrada tras minucioso y riguroso estudio de la sobrevivencia de la epopeya reflejada en las crónicas:

> La vida de los Cantares de Gesta se prolongó hasta alcanzar el nacimiento de los Romances, sus legítimos e inmediatos herederos e hijos, no de los poemas primitivos, que ya no se recitaban, sino en sus ulteriores refundiciones.[4]

Morel-Fatio, autor de la primera reseña hecha del libro en el extranjero, comprendió perfectamente que la meta de Menéndez Pidal era la reconstrucción desde abajo de los antiguos poemas perdidos:

> C'est à l'étude des origines et du développement de l'antique ystoria que M. MP a consacré son livre. Armé d'une connaissance approphondie de la matière et d'une méthode excellente, très attentif à tirer parti de tout ce qui peut lui faciliter son labeur, n'avacant que pas à pas sur un terrain qu'il s'efforce de rendre solide à mésure qu'il y met le pied, mais y avancant resolument, MM explore les coins et les recoins de la littérature castillane du moyan age...pour atteindre enfin le but qu'il entrevoyait au commencement de ses récherches: la réconstitution (partielle bien entendu, la seule possible) d'anciens cantares perdus.[5]

Elogia la oiriginalidad de Menéndez Pidal al informarse del estado actual de la leyenda y la precisión y rigor del estilo; para Morel-Fatio, lo más importante del libro es, sin embargo, el método: "C'est la méthode qui donne son prix au livre."

Por petición de un diplomático colombiano en Madrid, Antonio Gomez Restrepo, Menéndez Pidal mandó copia de sus Infantes a Rufino José

---

[4] La leyenda de los Infantes de Lara, pág. 46. Las bastardillas son del autor.

[5] A. Morel-Fatio, Romania, XXVI (1897), pág. 306. El subrayado del texto francés es mío.

Cuervo en París. Cuervo le escribió en enero de 1897, iniciando una larga y jugosa correspondencia que duró hasta su muerte, felicitando al joven investigador español:

> He leído la obra de V., en que no sé qué sorprende y agrada más, lo sólido y vasto de la doctrina, la diligencia de la investigación o la exactitud de las noticias.[6]

Gaston Paris, que en 1865 había declarado que España no había tenido epopeya,[7] estima en la reseña preparada por él que "l'Espagne peut être fière de son épopée médievale."

> La constatation de l'existence prolongée et des transformations successives des cantares de gesta, toute nouvelle dans l'histoire littéraire et due uniquement à notre auteur, permet... d'entrevoir la facon dont les romances se sont formées et se sont dégagées de longs poèmes.[8]

La obra de Menéndez Pidal, al rastrear el origen de los romances del ciclo de los Infantes de Lara remontándolo hasta las versiones decadentes de los cantares de gesta, mereció el aplauso incondicional del crítico francés, quien concluyó que se trata de "une analyse et un rasonnement auxquels il est impossible de ne pas se rendre."[9]

Al testimoniar su admiración del jóven filólogo español, Morel-Fatio había terminado su reseña expresando su esperanza de que el libro provocara un renacimiento intelectual si en España se leyera y se comprendiera y de que las académicos y autoridades diesen su apoyo al autor:

> S'il est lu, s'il est compris, ce livre peut provoquer en Espagne un véritable renaissance des études philologiques et historiques. Les jeunes gens surtout y apprendront que rien, pas même les dons les plus brillants, ne remplace le travail méthodique, la conscience dans les récherches, le souci constant de l'exactitude. Je suis

---

[6] F. A. Martinez, págs. 15-16.

[7] Histoire poetique de Charlemagne (Paris, 1865, pág. 203.

[8] Journal des Savants, juin 1898, pág. 323. [9] Ibid, pág. 332.

> heureux d'apporter à l'auteur de cet ouvrage de haute valeur, et qui est un début, le témoignage de mon admiration; je souhaite vivement qu'il trouve auprès des autorités et des corps academiques ...l'appui et les encouragements auxquels il a droit, pour poursuivre une oeuvre dont les premiers résultats feraient grand honneur à des veterans.[10]

Como todo reformador, Menéndez Pidal vivía en continuo estado de remar contra la corriente, de lucha contra el inmovilismo que le rodeaba. En la ocasión de sus 90 años, un compañero suyo, Manuel Gómez Moreno, observó que parecía hecha para Menéndez Pidal la sentencia de la desestimación del profeta en su patria. La explicación de este juicio no es difícil de hallar, concretamente cuando se analiza la recepción en España de La leyenda de los Infantes de Lara. Lapesa observa que el libro causó asombro tanto dentro como fuera de España y no cabe duda de que en ciertos sectores eruditos esto fue cierto; la Real Academia de la Historia le concedió el Premio al Talento, en junta pública celebrada el 20 de junio de 1897, y para el autor, que tenía entonces 28 años, este reconocimiento tenía que serle muy grato. Pero si consideramos la reacción que despertó el libro en algunos sectores críticos y el eco que esa reacción tuvo en el ánimo de Menéndez Pidal, tenemos que dar la razón a Gómez Moreno y aplicar su sentencia al Menéndez Pidal joven.

El libro salió en noviembre de 1896 en una tirada corta repartida casi toda ella por el autor mismo. El primero en ocuparse de él es Navarro Ledesma, en la revista literaria Apuntes. La crítica es favorable y entusiasta, alabando al "joven y eruditísimo literato...en quien se reunen laboriosidad sin ejemplo, raro talento crítico, peregrina perspicacia en el juzgar y castiza elegancia en el escribir," sacando de relieve que realizara la obra

---

[10] Romania, XXVI (1897), pág. 320.

"por pura afición y con bizarro desinterés un mozo de 24 años sin auxilio ni protección oficial, mostrando con ello un amor a las letras y una aplicación de que hay pocos ejemplos."[11] Este es el mismo Navarro que dos años antes había juzgado la asiduidad de Menéndez Pidal como su único defecto.

El crítico de mayor prestigio, o por lo menos el más leído, en los dos últimos decenios del siglo XIX era Leopoldo Alas "Clarín". Asturiano, formado en el liberalismo krausista, anticlerical, abominaba a los Pidal y en especial a Alejandro Pidal y Mon, cuya exagerada postura tradicionalista desdeñaba siempre que podía. En la política asturiana representaban Clarín y Alejandro Pidal dos bandos irreconciliables, opinando Clarín que para Pidal "los liberales somos unos papanatas, ignorantes y bárbaros iconoclastas."[12] Aparte de las diferencias ideológicas, la hostilidad de Clarín hacia los Pidales tenía raíces personales debido a una polémica que tuvo con Juan Menéndez Pidal en octubre de 1883. Ofendido por un artículo que éste había escrito sobre un discurso suyo, Clarín le agredió y Juan Menéndez Pidal acudió a los tribunales. Los apoderados de ambos dieron por terminado el asunto mediante acto conciliatorio.[13]

Clarín como crítico tenía fama por dos actitudes: el desdén por los escritores jóvenes y la mordacidad de su crítica. Sus principales tribunas eran Los Lunes de El Imparcial y el Madrid Cómico, un seminario cuya importancia era tal en la época 1880-1890 que Manuel Machado la llamaba

---

[11] Apuntes, 44, Madrid, 16 de enero de 1897.

[12] Me. Menéndez Pelayo, L. Alas, Epistolario (Madrid: Escorial, 1943), pág. 197.

[13] M. Gómez -Santos, Leopoldo Alas "Clarín" (Oviedo: Inst. de Estudios Asturianos, 1952), págs. 112-114, cuya noticia de esta polémica va acompañada de un artículo publicado en El Carbayon de Oviedo el 18 de octubre de 1883 en que se trascribe el acta levantado por los apoderados.

"la época del Madrid Cómico."[14] Las víctimas de la burla y la sátira de Clarín eran los conservadores, con frecuencia Alejandro Pidal, siendo su intención dejarlos en ridículo. Los paliques de Clarín, comentarios de la novedad literaria de última hora, invenciones rápidas que él mismo llamaba con cierta ironía literatura del garbanceo, eran esperados y temidos. Sus ataques se sabía eran algunas veces injustas "pero aun en esos casos no dejábamos de admirar el gracejo y la sutileza del crítico," según un escritor de la época, que añadía que "lo que más nos deleitaba era la intención y la sal de las palizas sin que nos metiésemos a averiguar si eran justas o no."[15]

Menéndez Pidal cae víctima del desdén de Clarín por primera vez el 1º de marzo de 1897. Navarro Ledesma había expresado el deseo de que sirviera la obra de Menéndez Pidal para demostrar a Clarín que "la juventud española sabe, puede y quiere hacer cosas de provecho en todos los órdenes intelectuales." La respuesta de Clarín, desde las columnas de Los Lunes de El Imparcial, fue la siguiente:

> No falta quien me censure y aun quien me aborrezca porque hablo poco de la gente nueva.... Por ejemplo, un señor Navarro Ledesma, muchacho aplicado, de estilo tétrico, soso y anodino, se lamenta, a mi ver, porque hasta la fecha no he tomado en cuenta sus lucubraciones de erudito, semejantes a las que puede escribir un alumno de la escuela en que se hacen los archiveros bibliotecarios. No ve el señor Navarro Ledesma que él no llega a la categoría de gente nueva; como tampoco ese señor Menéndez Pidal, a quien, según Ledesma, yo debo admirar por sus descubrimientos...dignos de cualquier secretario de Ayuntamiento.

Unamuno, ofendido por la actitud de Clarín hacia sus primeras obras, dijo más adelante que Clarín se pasó los últimos años "torciendo

---

[14] S. Biser, Leopoldo Alas, crítico literario (Madrid: Gredos, 1968), pág. 84.

[15] Ibid, pág. 130, citando a Narciso Alonso Cortes, "Clarín y el Madrid Cómico" en Archivium, 1952, págs. 43-61.

el gesto a los jóvenes."[16] En este artículo Clarín demuestra su poca fe en la obra de los nuevos; es también evidente, porque no trata de disimularlo, que no los ha leído:

> Cuando se habla de gente nueva se entiende la de gran ingenio, original, creadora, que ha de ser mañana la que nos da el pan espiritual que, hoy por hoy, todavía debemos a los veteranos. Y de esas futuras eminencias, ¿qué se quiere que yo diga, si no las conozco? (sub. mío)

Clarín no abandonó el tema sin antes aprovecharlo para el Madrid Cómico. Cinco días después, el desdén se convierte en burla; confundiendo a Menéndez Pidal con su hermano Juan, le llama:

> el inventor de los Infantes de Lara, o sea el Sr. Menéndez Pidal, que se pasa la vida cobrándole gestas, en prosa o en verso, a la Diputación provincial de Oviedo.
>
> No hay chicos más indigestos
> que éstos de gestas y gestos.[17]

Según testimonio de los familiares de Menéndez Pidal, la incomprensión de Clarín le dolió profundamente, no pudiendo olvidar nunca su desprecio al esfuerzo de un autor jóven. La antipatía que Clarín profesaba hacia los Pidales de Villaviciosa, su confusión de Ramón con Juan y su habitual desdén de los autores nuevos, hizo que el ataque del crítico ovetense fuera sobradamente violento. Sin duda, Clarín se dejó influír también por la falta de elocuencia de Menéndez Pidal en las clases que dictaba en el Ateneo en aquella misma temporada. En un país donde más que la erudición se valoraba el lenguaje sonoro y enfático, estilo Costa y Alejandro Pidal, las conferencias del joven profesor se prestarían fácilmente a la burla.

Menéndez Pelayo se dió cuenta de la injusticia cometida por Clarín

---

[16] Cartas inéditas de Miguel de Unamuno, pág. 307.

[17] Madrid Cómico, año 17, no. 733, 6 de marzo de 1897.

con su discípulo; en carta dirigida al historiador Rafael Altamira, defiende Los Infantes como un "admirable libro [del cual] ha hecho plena justicia la Romania para escarmiento de nuestro extraviado Clarín y otros muchos que hablan a bulto e in odium auctoris, o de los apellidos del autor, lo cual es todavía más absurdo."[18] También llama la atención la frase "y otros muchos" lo cual quiere decir que no solamente le pesó a Clarín el apellido del autor a la hora de valorar su estreno como hombre de letras.

En enero de 1898, Menéndez Pelayo defendió públicamente a su discípulo, descubriendo al mismo tiempo su repulsa de la crítica infundada de Clarín:

> Este libro excede en tal manera lo vulgar y corriente entre nosotros, que no es de admirar que no haya sido entendido por muchos, y que otros le hayan despreciado sin leerle. Pero de tal desdén puede vengar ampliamente al jóven autor la crítica docta y justiciera de cuantos pueden tener en Europa juicio propio sobre tan árduas materias, y esta crítica le ha sido constantemente favorable, por boca de sus más autorizados intérpretes.[19]

Antes de pensar en los posibles motivos de fondo que hicieran que en España prosperara esta ambiente de rechazo, de repulsa, conviene que nos fijemos en las dos reseñas largas publicadas en España, la de Menéndez Pelayo, de la cual ya hemos citado un trozo, y la del crítico Emilio Cotarelo.

Menéndez Pelayo saluda la aparición del libro "con júbilo y profundo respecto," pero su reseña no pudo ser eficaz para dar a conocer en España la originalidad y la talla de la obra. Confunde la novedad del método y los frutos de las investigaciones de Menéndez Pidal con afirmaciones

---

[18] C. Perez Bustamante, "Don Ramón y los ensayos de reforma universitaria en su juventud," Cuadernos Hispanoamericanos, 238-240 (1969), pág. 77.

[19] La España Moderna, CIX, enero 1898, pág. 105.

que repiten el estado general de la opinión sobre la épica medieval en aquella época. Reconoce en seguida que la obra enlaza directamente con la de Milá (detalle en que no se ha fijado la crítica moderna que quiere situar a Menéndez Pidal como continuador de Menéndez Pelayo) y se propone "advertir las principales novedades" que contiene; sin embargo, su aversión a la ciencia y la crítica detallada impiden una valoración objetiva y minuciosa de aquellas novedades. Por otro lado, su aborrecimiento del "krausismo" y de las teorías de la Institución Libre de Enseñanza le llevan a tratar muy someramente una de las novedades más atractivas, la investigación del estado actual de la tradición basada en un estudio hecho sobre el terreno; le dedica sólo una llamada a pie de página que refiere al lector "al curiosísimo capítulo VI," dejando entrever, sin embargo, cierta admiración de la novedad para la erudición de la técnica empleada por Menéndez Pidal.[20]

La reseña de Menéndez Pelayo tardó en publicarse hasta enero de 1898, catorce meses después de la aparición de libro. Antes, Emilio

---

[20]Ibid, pág. 105. Aunque el pensamiento estético de Menéndez Pelayo evolucionó a lo largo de su obra, no así su ideología conservadora y su abominación de los "krausistas" de la Institución, que promocionaban la naturaleza y las excursiones al campo como elementos necesarios de la enseñanza. El estudio de la leyenda en sus manifestaciones actuales por medio del viaje por Soria y Burgos le sabrían a Menéndez Pelayo de "krausismo." Con espíritu generoso, no dejaba de admirar los resultados pero en esta ocasión se abstuvo de describir el método que los logró. En 1902, en el discurso de contestación con motivo de la recepción en la Real Academia Española de Menéndez Pidal, dedicó un párrafo a describir la investigación realizada sobre el terreno.

Dámaso Alonso ha reflexionado sobre las relaciones Menéndez Pidal-Menéndez Pelayo, constatando que "el genio de los dos eran casi contrarios, antagónicos: artístico, poético, fundamentalmente intuitivo el del primero; pormenorizador, reflexivo, estrictamente científico el del segundo." Alonso añade que el influjo de Menéndez Pidal sobre Menéndez Pelayo a partir de 1896 es evidente, instando al mismo tiempo que se haga un estudio detallado de este influjo. v. "Menéndez Pidal y la cultura española," págs. 126-127.

Cotarelo lo había reseñado en la Revista Crítica de la Historia en fechas que coincidían con las salidas de Clarín en la prensa madrileña.[21] Cotarelo recibe Los Infantes, trabajo de "erudición sólida y acendrada crítica," con sorpresa y contento dado la ausencia de este tipo de trabajo en España. Acredita sobre todo el trabajo de Menéndez Pidal en haber logrado analizar y clasificar las crónicas en que se encuentran versiones de la leyenda, en haber desenterrado obras de teatro que yacían olvidadas en las bibliotecas, en haber investigado la leyenda en su estado actual. Sin embargo, Cotarelo flaquea en el punto principal. Ni acepta ni anuncia las demostraciones ofrecidas por Menéndez Pidal del entronque de la epopeya con los romances; hay en él una cierta adulación servil de los maestros tradicionales, sobre todo de Milá, una satisfacción con lo establecido en cuanto a los estudios medievales, que le impide dar el salto, separase de ellos y aceptar lo científicamente establecido por el nuevo autor. Callándose el gran descubrimiento de Menéndez Pidal, tan sólo dice que:

> Sus discusiones acerca de la antiguedad, origen, forma primera y otras circunstancias de los romances conocidos sobre los Infantes de Lara, tienen grande importancia y curiosidad.

Entre la crítica española, no hubo pues ninguna autoridad que señalara el sentido profundo de La Leyenda de los Infantes de Lara. Entre los españoles, ninguno se fijó tampoco en la ausencia de teoría en la obra; Gaston Paris, sí, cuando dijo:

> M. Menéndez, si je ne me trompe pas, ne se prononce nulle part sur la question de l'origine première /de l'épopée espagnole/, tout en admettant une très large influence de l'épopée française.[22]

Al contrario, Menéndez Pelayo, repitiendo la opinión generalmente aceptada, afirma el origen francés al decir que la leyenda estaba "compuesta seguramente

---

[21] Revista Crítica de Historia, II, feb.-marzo 1897, págs. 47-50.

[22] Journal des Savants, juin 1898, pág. 321, n. 2.

en el siglo XII, como todas nuestras grandes gestas,"[23] sin aclarar que ésta no era afirmación de Menéndez Pidal sino suya. Menéndez Pidal se había limitado a decir que "aunque la tradición y la venganza referidas eran probablemente ya célebres desde el mismo siglo décimo, tan sólo por primera vez las hallamos contadas en la Crónica General que mandó componer Don Alfonso el Sabio."[24]

La crítica extranjera, tan acertada en sus apreciaciones del libro, no tuvo eco en España. Como única excepción, habría que mencionar la publicación en España en 1906 de un artículo de vulgarización escrito en 1898 por Gaston Paris para dar a conocer la leyenda al público francés.[25]

El desdeñ y la incomprensión con que la crítica española más autorizada de la época recibió la primera obra de Menéndez Pidal responden a unos móviles complejos arraigados en el misterio del mismo caracter del pueblo español. El misoneismo (la repulsión de lo nuevo), la vulgar apatía, la tradicional resistencia a toda ciencia que no sea a la vez moralizante, el desprecio de la ordenada laboriosidad, el individualismo y, su reverso, la invidencia -- todas estas cualidades se reunieron en uno u otro grado para producir el desdén de Clarín y, en el caso de los otros, la incomprensión y los silencios a tiempo. Todas estas cualidades, íntimamente relacionadas a la sobriedad, la cualidad fundamental del español, están estudiadas por Menéndez Pidal en Los españoles en la historia, un ensayo en que busca la explicación de la historia de España en el caracter de su pueblo.

---

[23] La España Moderna, enero 1898, pág. 82.

[24] La leyenda de los Infantes de Lara, 1896, pág. 3.

[25] La España Moderna, no. 205 (enero 1906), págs. 45-69. La versión original se publicó en la Revue de Paris, VI (1898), págs. 372-395.

Es un estudio que tiene no poco de biográfico en cuanto a su juventud; las cualidades que señalamos son, según su análisis, las que tienden a actuar en ciertas épocas como rémora, impidiendo todo progreso y adelanto.

A partir de la publicación de La leyenda de los Infantes de Lara, la fama de Menéndez Pidal en el extranjero va aumentándose continuamente; cada obra nueva se recibe con aplausos. En España sigue trabajando sin recompensas de fama ni auxilio oficial. Comentando su elección a la Real Academia Española en 1901 y su falta de público en España, la prensa madrileña puede aún decir:

> Al señor Menéndez Pidal se le conoce más fuera de su patria que en ella. En Francia, en Alemenia, en Italia...se esperan con ansia y se comentan con encomio los trabajos de este autor.[27]

La falta de alicientes para los estudios filológicos espoleó a Menéndez Pidal, al igual que a Unamuno, a dirigir la mirada hacia el extranjero en busca de diálogo y ayuda para solucionar los muy difíciles problemas que encontraba a cada paso. Este diálogo empezó a florecer a raíz de los Infantes de Lara; en enero de 1897 comienza su correspondencia con Cuervo, y probablemente en la misma época con Gaston Paris. Se intensifica el contacto con los franceses después de su viaje a Toulouse en 1898. Aquel viaje se concertaría en el verano de 1897 durante una estancia en España de Ernest Merimée, profesor de la Universidad de Toulouse y gran amigo de Menéndez Pelayo (cuya galofobia hacía excepción de Merimée). A principios de 1898 llegó Menéndez Pidal a Toulouse, el primero de su generación de ir a estudiar a una universidad europea. El 21 de febrero le

---

[27] Ilustración española y americana, Madrid, 15 de mayo de 1901.

dijo a Morel-Fatio que estaba "aprendiendo a chapurrear el francés" y estudiando antiguo francés y provenzal al lado de Jeanroy. Se conserva una descripción de la impresión que causó a su llegada a Toulouse:

> Il y a peu plus de vingt ans, un Espagnol arrivait à Toulouse pour y prendre ses quartiers d'hiver et devenait bien vite l'hôte assidu de nos Bibliothèques et de notre Faculté où il fréquentait surtout les conferences de philologie romane e celles d'espagnol. Il était encore jeune, n'ayant pas atteint la trentaine, et la longue barbe noire qui encadrait son visage au teint mat, aux yeux profonds, ne réussissait pas à le viellir.[28]

Menéndez Pidal recordaba que la mayor novedad que le ofrecía Toulouse, la única Facultad de Francia con cátedra de filología española, era la realidad presente de la ciencia en los trabajos de la Universidad.

En sus cartas Menéndez Pidal deja constancia del aislamiento que experimientó en España. De vuelta ya de Francia, le dice a Morel-Fatio en junio de 1898, con respecto a la preparación de la gramática del poema del Cid:

> Me costará trabajo la impresión de dicha gramática cuando entre en la Fonética y la Morfología...he hecho yo solo mi educación filológica y desconfío de ella. Me tomaré la libertad de molestar a V. con alguna consulta de última hora.[29]

Consulta a Cuervo con frecuencia las dificultades sobre fonética, por ejemplo en la siguiente carta de 25 de diciembre de 1899:

> No dudo en hacérsela aunque demuestre mi torpeza en materias fonéticas, porque me disculpa el no tener aquí con quien hablar de estas cosas.[30]

---

[28] Ernest Merimée, Discours: Univ. de Toulouse: Recepción solennelle de M. Ramón Menéndez Pidal, doctor honoris causa, le 18 février 1921 (Toulouse: E. Privat, 1921), pág. 12.

[29] J. Lamartinel, Cuadernos Hispanoamericanos, 248-250 (1969), pág. 48. Menéndez Pidal tardó hasta 1908 en publicar la Gramática del poema del Cid.

[30] F. A. Martinez, pág. 31.

Un año más tarde (1 de noviembre de 1900) le vuelve a hablar de su soledad, entregado todavía la la preparación de la gramática del poema del Cid:

> Espero acabar en todo este invierno la tal gramática, que presenta muy graves dificultades a cada paso, sin que tenga nadie que me ilustre, ni conversación posible sobre mi trabajo (pág. 31).

Cuando murió Gaston Paris en 1903, Menéndez Pidal recordaba el sano efecto animador que ejercía en él la simpatía que hacia sus trabajos mostró el maestro francés.

> Con bondad verdaderamente paternal se mostraba satisfecho, descubriendo /la/ influencia de su Histoire poètique en mi libro /La leyenda de los Infantes de Lara/ y en el de Rajna, y esa satisfacción y el asociarme en cierta manera al nombre de Rajna me llenaban de confianza, la cual espero haya servido para animarme y no para envanecerme. El mismo efecto animador ejerció en mí la simpatía que hacia mis trabajos mostró repetidas veces en público. Trabajando aquí en aislado en muchas cosas, es muy beneficiosa la aprobación de autoridad indudable.[31]

En su vejez, Menéndez Pidal negaba que el vacío intelectual fuera tan total como a veces se pretendía, dejando constar que había disfrutado de la conversación de hombres como Eduardo Hinojosa, sobre las instituciones jurídicas y sociales de la Edad Media, y de Antonio Paz y Meliá, sobre problemas de paleografía. Sin embargo, a finales de 1900, al comenzar a relacionarse con Miguel de Unamuno, celebraba esta nueva amistad, notando que:

> Nada hallo más agradable y útil que la comunicación con los que se dedican al estudio y sobre todo con las personas que, como V., ven en él algo superior a una instrucción seca y esteril. Y esta comunicación es aquí tan escasa, que deseo vivamente que los asuntos de oposiciones le traigan a V. por aquí pronto, para que nuestra conversación continue de palabra.[32]

---

[31] carta a Morel-Fatio, 27 de marzo de 1903, publicada en Lamartinel, pág. 254. El subrayado es mío.

[32] carta de 25 de diciembre de 1900.

Las reseñas que iban publicando los hispanistas extranjeros sobre los libros y artículos de Menéndez Pidal eran para él de gran provecho como medio para franquear la brecha entre la ciencia extranjera y el estéril ambiente español. Estimaba la crítica provechosa de sus obras más que la ponderación de sus méritos; prueba de ello es que, entre toda la crítica hecha de sus Infantes de Lara, siempre destacaba la de Morf, el erudito suizo-alemán, por lo útil que le había sido. Cuando Unamuno le pidió un ejemplar del libro en 1903, Menéndez Pidal le dice:

> Más que mi libro vale el hermoso ensayo que con ocasión de su publicación escribió el profesor Morf en Deutsche Rundschau Junio 1900. Me sugirió muchas ideas (sobre el germanismo de la leyenda tan castellana, sobre la vida de la epopeya...) que aprovecharé si llega el caso de una segunda edición.

Para darse una idea cabal del sentido misional de Menéndez Pidal en esta primera época, es muy significativa su reacción ante la soledad que pesaba sobre él en España, donde trabajaba sin colaboradores ni ayuda hasta 1910, manejando con criterio y métodos científicos jamás aplicados en España los materiales medievales acumulados en los archivos y las bibliotecas. Le guiaban siempre dos principios: la plenitud, todo lo que hace falta urge inexcusablemente; y la sobriedad, todo lo que no hace falta, sobra. Su sobriedad como principio de trabajo no excluía una cierta tolerancia respecto a sus propias limitaciones, signo de hombre optimista seguro de sí mismo. Conciente de la necesidad de publicar ediciones fidedignas de los manuscritos medievales y de publicarlos desconocidos cuanto antes, no dejaba que las circunstancias ni la adversidad le impidieran en su propósito. Menéndez Pidal se daba cuenta de los peligros de la intransigencia consigo mismo que pudiera producir la excesiva austeridad; lo había observado de cerca en Cuervo:

> Su austero amor a la exactitud científica le hizo excesivamente riguroso en abandonar el Diccionario de construcción... Lástima que toda austeridad tenga algo de inflexible y dañoso; la de Cuervo nos ha dejado su Diccionario reducido a un admirable pero mutilado torso.[33]

Esta tolerancia necesaria es evidente desde muy pronto. Desde Toulouse en 1898, anunció su propósito de terminar allí el Catalogo de Manuscritos aunque eso le hiciera salir más tarde y con algunas deficiencias; cuando preparaba la gramática del poema del Cid, se quejaba de que "el plan que para ella he escogido es demasiado minucioso y lleno de pormenores inútiles; pero ya no es tiempo de retroceder" (carta a Cuervo, 22 de octubre de 1901). Comentando los muchos problemas que presentaba la preparación de la Primera Crónica General de Alfonso X, decía: "Haré lo que pueda del primer empuje" (carta a Morel-Fatio, 18 de mayo de 1903). El 5 de noviembre de 1905, confesaba a Cuervo: "Yo sigo tristemenete abrumado con la edición de la Crónica, que hago muy a disgusto, porque no podrá ser siquiera mediana. Es obra superior a mis fuerzas, pero tuvo que emprenderlo para seguir mis estudios de la poesía épica." La publicó, sin el prólogo planeado, en 1906; el estudio que tuvo que postergar para lograr su publicación en aquella ocasión, lo terminó para su recepción en la Academia de la Historia en 1916.

---

[33] F. A. Martinez, págs. 65 y 68.

CAPITULO IV

CASTILLA Y LA HISPANIDAD

La crisis de la conciencia nacional que España venía experimentando desde la Revolución de Septiembre en 1868 desembocó entre 1899 y 1902 en un debate a fondo sobre la reforma de la enseñanza. Presiones sociales y políticas cuajaron a raíz del desastre nacional de 1898 para obligar al Estado a iniciar una serie de reformas que Cánovas, manipulando hábilmente el caciquismo a lo largo de la Restauración, había podido evitar. Para que no se alterara el orden público, se había renunciado en los 20 años anteriores a atacar ninguno de los problemas vitales del país, uno de los más severos siendo el analfabetismo que alcanzaba a un 43% de la población. Desde la Primera República los obreros venían clamando porque se hiciera la guerra al hambre y al analfabetismo. Al haberse concedido el sufragio universal en 1890 (aunque Cánovas con la manipulación lo dejaba anulado en la práctica), los obreros se habían convertido en un problema no sólo social y económico sino político.

Tanto los conservadores como los liberales aceptaron la reforma de la educación como una de las medidas más urgentes para asegurar la estabilidad política, por un lado, y, por otro, darle una nueva vida al

país. Diferían seriamente en la manera de realizarla. Los conservadores tendían a rechazar cualquier medida que disminuyera el papel de la Iglesia. Los liberales, en cambio, habían sido partidarios desde hacía muchos años de la progresiva secularización de la educación. Como portavoz de los primeros ocupaba el primer plano a lo largo del debate Alejandro Pidal y Mon, defensor de los intereses clericales y de los derechos de la Iglesia en el campo de la enseñanza. En la vanguardia de los liberales estaba la Institución Libre de Enseñanza.

Alejandro Pidal y su hermano Luis se consideraban en la época finesecular las "fuerzas vivas" de la tradición. Alejandro había fundado en 1881 la Unión Católica, organización propagandística que reflejaba la postura de la Jerarquía. Representaban él, su hermano el Marqués y sus respectivas mesnadas la actitud exclusivista que resistía toda corriente ideológica que tendía a mermar la soberanía de la Iglesia, considerándola incluso anti-española. Representaban la sociedad estática, fundada sobre la autoridad, que se veía amenazada por la libertad civil y la postura de los institucionistas, profundamente innovadores en la educación, abiertos a las corrientes europeas, neutrales en el campo de la religión.

La Institución Libre de Enseñanza se proponía rehacer España desde abajo mediante la educación con métodos modernos, enfocando su labor principal hacia la preparación de maestros. Vuelve la espalda a la política en favor de la educación universal. La Institución fue fundada en 1876 por Francisco Giner de los Ríos, discípulo del krausista Sanz del Río, en respuesta a una medida del gobierno que concedió la libertad de la cátedra siempre y cuando la enseñanza en los centros oficiales no atentara contra los dogmas. Con esta medida Giner y otros profesores

krausistas quedaron separados de la Universidad. En 1882 pusieron la primera piedra en su nuevo local en la Fuente Castellana.

Los estatutos de la Institución declararon su neutralidad filosófica y religiosa, interpretado por algunos observadores como una forma de irreligiosidad, por otros como una orientación abiertamente secular que no era incompatible con la religión. Lo que hizo fue combatir la religión histórica a favor de una religión personal e íntima; para Giner había que hacer de la vida religión y religión de la vida.

En la educación intentaron profundas reformas. Empleando el método intuitivo, implantaron el diálogo con los alumnos, iniciaron la enseñanza del arte, incorporaron el deporte a la enseñanza, intentaron la equiparación de maestros y maestras, fomentaron el amor a la naturaleza y frecuentes excursiones a la sierra de Madrid, a las ciudades españoles y al extranjero. Ante todo, Giner y sus colaboradores persiguieron la educación integral del hombre; querían formar hombres de instinto noble, cultivados y trabajadores, capaces de enfrentar sus necesidades materiales gracias a un oficio o una profesión.

El abandono de las normas tradicionales, la apertura hacia el extranjero, la secularización de la enseñanza, su defensa de la mujer, el culto panteista de la naturaleza: éstas y otras reformas abogadas e adoptadas por la Institución crispaban la sensibilidad de los estamentos tradicionales de la sociedad, aferrados a un tradicionalismo misoneista que no admitía nada que atentara contra los usos antiguos, viendo en ello peligro.

Todo el proceso lento y oscuro de las transformaciones sociales que trastornó la sociedad española a fines del siglo, se encuentra plasmado en las relaciones entre Alejandro Pidal y su sobrino Ramón; hubo a partir de la mitad del último decenio del siglo una progresiva separación del joven científico de la influencia de su tío y el paso a un pensamiento más libre. Esta separación, iniciada cuando Ramón entró en contacto con la Institución Libre de Enseñanza, culminó en el momento más agrio del debate nacional sobre la reforma de la enseñanza, llegando su tío hacia 1901-1902 a repudiarle..

Menéndez Pidal entró en contacto con la Institución a través de María Goyri, una joven madrileña de origen vasca que había estudiado en la Escuela Preparatoria de la Mujer, un brazo de la Institución. Se conocieron hacia 1892 cuando ella estudiaba Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid. Don Ramón se enamoró de María y, siendo profesor en la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo donde ella asistía a sus clases sobre los orígenes de la lengua, empezó a acompañarla y a unos familiares suyos en los paseos de los domingos hacia el Pardo, donde se había formado un núcleo institucionista. En el otoño de 1896, en uno de estos paseos, se encontraron con Giner y algunos otros maestros de la Institución. María y su familia les presentaron a Menéndez Pidal, que desde entonces se relacionó con ellos y se hizo asiduo de los domingos en el Pardo, donde, según Gregorio Marañón, "el y otros hombres admirables soñaron...con el despertar de España."[1]

---

[1] La fecha de este primer encuentro la tomamos de Dionisio Gamallo Fierros, Menéndez Pidal en el año 1898, pág. 59, dada la atención de Gamallo a la exactitud de la cronología y en atención a que construyó la biografía de Menendez Pidal en base de conversaciones con él. Esto a pesar de que su versión de la noticia es inexacta. La cita de Marañón es del ABC, 13 de marzo de 1959.

Entre los maestros de la Institución y Menéndez Pidal, hubo una gran afinidad de ideas y de gustos. Menéndez Pidal no se afilió a la Institución, nunca enseñó en ella, pero compartía plenamente con los institucionistas el amor al trabajo, la concepción de la vida como misión, la apertura hacia el extranjero, el deseo de reformar la cátedra, el amor a la naturaleza y a las excursiones campestres. La toma de contacto con los maestros de la Institución, iniciada en el mismo otoño en que Menéndez Pidal publicó su Leyenda de los Infantes de Lara con la dedicatoria a Cánovas del Castillo, marca un hito en su evolución.[2]

La relación con María Goyri y con la Institución produjo tensiones en el marco familiar. Los paseos al Pardo los domingos estaban mirados mal por la sociedad madrileña. Alejandro Pidal desaprobó del noviazgo y matrimonio, en 1900, con María Goyri, viendo en ella la mujer intelectual (se doctoró en Letras) que no se acataba al molde tradicional de su sexo. Coincidiendo con estos acontecimientos surgió el gran debate nacional sobre la reforma de la enseñanza, en el que las ideas innovadoras de Menéndez Pidal estaban reñidas con las de Alejandro, cuya fuerte personalidad dominaba la política de extrema derecha.

En el nuevo gobierno conservador de Francisco Silvela que asumió el poder en marzo de 1899, los Pidal ocupaban dos puestos claves. El Marqués de Pidal continuaba como titular del Ministerio de Fomento que abarcaba también la educación. Alejandro Pidal fue nombrado Presidente del Congreso. La gestión del Marqués de Pidal fracasó cuando decretó una

---

[2]Suprimió la dedicatoria a Cánovas en la segunda edición de 1934. Cuando se volvió a publicar la edición principe en 1971, Menéndez Pidal, sólo para mantener la fidelidad de la edición, consintió que se reprodujera la dedicatoria original.

reforma de la segunda enseñanza que era profundamente reaccionaria. Las protestas levantadas por esta reforma le obligaron a marcharse del Ministerio en abril de 1900. Renunció también el Director de Instrucción Pública, Eduardo Hinojosa, profesor del derecho medieval que abandonaba con frecuencia su actividad como historiador para ocupar cargos políticos a instancias de los Pidales.[3] El sustituto suyo fue Antonio García Alix, vice-presidente del Congreso y adicto al movimiento de unión conservadora de Alejandro Pidal. A pesar de la retirada del Marqués como Ministro, los conservadores intentaron contener en el Congreso y a través de García Alix, la presión de los sectores liberales en favor de una reforma más amplia y más auténtica. La inepcia de García Alix, sin embargo, fue tal que Maura lo comparó a un potro cerril en una cacharrería. La presión por la reforma no cesó y cuando, a la hora de distribuír el presupuesto a principios de 1901, se iban a favorecer las reformas militares por encima de las de la enseñanza, hubo que suspender las Cortes. En marzo se disolvió la unión de los conservadores. Hubo cambio de gobierno, se nombró al liberal, el Conde de Ramanones, Ministro de Instrucción Pública, y a lo largo de 1902 se publicaron una serie de decretos a través de los cuales el Estado fue estableciendo tentativamente su hegemonía sobre la enseñanza primaria y secundaria, perjudicando a los caciques locales y los intereses clericales.

---

[3]Cuando en noviembre de 1900 Hinojosa abandonó la cátedra nuevamente para irse de Gobernador Civil de Barcelona, Giner discrepó con él: "Como no le da a usted pena, no por usted, sino por nuestra querida horda salvaje, y se va usted tranquilo a hacer...una cosa que puede hacer el primero que pase por la calle? Por fuertes que sean los resortes que doblan a usted para aceptar una cosa semejante y romper con su primer deber con su pueblo, ¿cómo puede pesar esto tan poco en su ánimo?" Hinojosa, Obras, I (Madrid: Instituto Nacional de Estudios Jurídicos, 1948), pág. lxix.

El repudio de Menéndez Pidal por su tío es palpable ya en la época que va de su elección a la Real Academia Española el 15 de marzo de 1901, el mismo mes en que se disolvió la unión conservadora, a su recepción en la misma, el 19 de octubre de 1902. La prensa madrileña dió bastante relieve a la noticia de la elección de Menéndez Pidal a ocupar el sitial designado con la letra C en la Academia, que antes era del catalán Victor Balaguer. Sin embargo, La Epoca, el periódico que usaba Pidal como tribuna, pasó por alto la noticia completamente. En cuanto a la recepción del joven filólogo en la Academia, La Epoca tampoco trae ninguna noticia al respecto; al contrario, el 24 del mismo mes publica una nota anunciando la llegada a Madrid aquella mañana del ex-presidente del Congreso, dando a entender que Alejandro, que era también miembro de la Academia, no asistió a la recepción pública celebrada cinco días antes.

La revista más tradicional de principios del siglo, La ilustración española y americana, recibió la elección de Menéndez Pidal a la Academia con un artículo largo y respetuoso firmado por el crítico literario Blanco Belmonte. Esta actitud contrasta notablemente con la nota publicada el 22 de octubre de 1902 sobre la recepción en la Academia. Para su recepción académica, Menéndez Pidal escogió un tema literario, el examen de los orígenes de la obra de Tirso, El condenado por desconfiado. Al remontarlos hasta la cuentística oriental, dió ejemplo de su objetividad y del dominio del método científico, pero al mismo tiempo hirió la sensibilidad teológica de los católicos más celosos, que identificaban la cultura con el catolicismo y que veían en cualquier manifestación espiritual teñida de heterodoxia una aberración anti-española. En la introducción a su discurso, advertía:

> Será interesante ver cómo una de las más admirables producciones del teatro cristiano, que parece creada de un solo golpe en la

> mente de un teólogo católico, la que más en concreto parece encarnar la exaltación piadosa de la España del siglo XVII, tiene su antecesor remoto en un cuento indio, tan penetrado como el drama español de reconditeces dogmáticas no tocantes a la gracia y a la esperanza, sino a la transmigración de las almas y a las castas brahmánicas [y que] recreó e instruyó a judíos, musulmanes y cristianos.[4]

La ilustración española y americana reacciona reflejando el recelo de los sectores neo-católicos. "Algo debatido está el asunto," dice José Fernandez Bremón refiriéndose a este pasaje, y después trae a colación los maltratos de que Menéndez Pidal había sido objeto cuando daba los cursos en el Ateneo. La vulgaridad y ligereza del comentario, contrastando con una defensa final de los méritos del nuevo académico, resultan ofensivas. Parece difícil que esta revista monárquica y tradicional lo hubiera publicado si Menéndez Pidal hubiera contado aún con el apoyo de su tío, quien en ese caso se hubiera ofendido también. Es síntoma pues de la brecha que ya se había abierto entre ellos.

En los escritos de Menéndez Pidal a lo largo de este período el único comentario que encontramos que tenga relacióncon la discordia que se formó en torno a las reformas de la enseñanza, está en una carta de principios de 1903, dirigida a Unamuno, en la que se le escapa esta observación sobre el nuevo prólogo de En torno al casticismo:

> Muy sombrío; pero todavía no amaneció el día en que los de arriba vuelvan a imbuir a la masa algo de confianza en su valer, algún aliento para caminar.... La masa es todavía la vieja, la podrida, a la que no conviene sino la humillación más profunda, la verdad más ascueta.

En los años siguientes, don Ramón se vió en momentos muy incómodos respecto a su tío. Se abstuvo, por ejemplo, en la votación celebrada

---

[4] "El condenado por desconfiado," en Estudios literarios, 5a ed. (Madrid: Espasa-Calpe, 1957), págs. 12-13.

en 1907 para la presidencia de la Real Academia Española, siendo candidatos para el puesto Alejandro Pidal y Menéndez Pelayo.

Repudiado por el tradicionalismo caduco, Menéndez Pidal sigue serenamente laborioso y vuelve su mirada cada vez más hacia Castilla. Se identifica con Castilla y se instala cada vez más en las provincias castellanas, reflejando en su obra el espiritu de pujanza e innovación que en la Edad Media hizo que Castilla fuera haciéndose España. Además de los estudios cidianos, siempre expandiéndose, y sus indagaciones sobre la lengua y los dialectos peninsulares, empieza una obra que es eminentemente hispánica y que encierra su preocupación por la recuperación de la unidad de las Españas. En los años en que Castilla se encuentra abatida y la unión hispánica quebrada, Menéndez Pidal se instala con María Goyri en Castilla la Vieja y desde allí inicia una de sus obras más significativas en cuanto a la Hispanidad.

Menéndez Pidal y María Goyri se casaron en mayo de 1900; el viaje de novios lo hicieron a caballo siguiendo la ruta del Cid por la provincia de Soria, un viaje que obedece curiosamente a la modalidad generacional. El año siguiente, en compañía de otros dos matrimonios amigos suyos, empezaron a veranear en la antigua cartuja del Paular situada al lado de Rascafría en la vertiente norte de la sierra de Guadarrama, provincia de Segovia.

> En la fragosa entraña de la sierra vecina hay un rincón apacible, de soledad y de ventura. Fue un tiempo retiro de monarcas, lugar de clausura y de rezo. Hoy está abandonado. Donde se oyeron preces y cantos de frailes, ahora sólo se escuchan las perdurables, viejas canciones del agua y del viento.[5]

En el siglo XV el monasterio había sido el claustro más importante de los monasterios que se encadenaban a lo largo de aquella sierra. Abandonado

---

[5]Enrique de Mesa, Antología poética, 4a. ed. (Madrid: Espasa-Calpe, 1962), pág. 113.

desde la desamortización de Mendizabal en 1843, pertenecía a principios del siglo a un matrimonio mayor que se lo dejaba a los matrimonios Menéndez Pidal, Ibañez Marín y Troyano.[6]

Salvador Madariaga recuerda haber conocido a Menéndez Pidal por primera vez en 1901 en casa de unos amigos en el Paular; sonriente, hablando poco pero siempre bien, cortés, poseía un encanto singular.

> Daba la impresión de hombre sarmentoso y curtido por el aire y el sol, granjero quizás, trotador desde luego.... Parecía como que su mera presencia abría una perspectiva hacia montes y valles. En todo pensé menos en que fuese un erudito.

En lo que más pensaba Madariaga era en el españolismo espléndido de su rostro, a la vez modesto y firme.[7] También estuvo en el Paular en 1901 John Fitzgerald, hispanista norteamericano que había conocido a Menéndez Pidal por recomendación de Cuervo.

Los tres matrimonios veraneaban en el Paular, viviendo en las celdas de los monjes, hasta 1908. Se llevaban los víveres en abril o mayo desde Madrid en la carreta que traía la cosecha de papatas. Los niños y los abuelos iban a Rascafría en diligencia, los padres en caballería o andando desde la Granja; un diario de don Ramón, cuya primera hoja es la única que queda, describe cómo en 1902 llevaron a su hija Jimena, que tenía un año, en un arzón de una caballería. En el Paular, las familias comían en el prado, llevando la comida y las natillas en una cesta grande de ropa. Don Ramón trabajaba al aire libre en una mesa en el prado

---

[6] Ibañez Marín era un militar cuya firma se encuentra en revistas eruditas como autor de estudios sobre historia militar. Murió en 1909 en Melilla. Troyano, funcionario de Ministerio, estaba casado con una hermana de Fernando de los Ríos, pariente de Giner. Dos hijos de este matrimonio, Rafael y José, psiquiatra y oficial de Marina respectivamente, estuvieron en la emigración española de 1939 que vino a América.

[7] "Un grano de arena," Revista de Occidente, no. 27 (1969), págs. 139-140.

de ovejas. Enrique de Mesa, el poeta castellano que era asiduo del Paular en aquellos años, dedicó unas coplas a los niños de aquellos matrimonios; la poesía se llama "La carreta" y tiene fecha de agosto de 1906.

El mejor testimonio de aquellos veraneos en la sierra castellana es el de Jean Ducamin, el filólogo francés, editor del Libro de Buen Amor en su primera edición paleográfica, aquien Menéndez Pidal había conocido en Toulouse en 1898. Estaba en el Paular en 1902 y otra vez en 1904 acudiendo a una invitación de don Ramón de pasar parte de sus vacaciones con ellos.[8]

> Vers le 20 août 1904, après avoir fait en diligence pendant toute une nuit et la moitié d'un jour, un de ces voyages toujours longs à plaisir, si courts pussent-ils être, accidentés et pittoresques, comme on n'en fait plus qu'en Espagne, je débarquai tout joyeux à Rascafria.
>
> Vous m'y attendiez, en giboyant aux romances, armé d'un phonographe qui vous servait à deux fins: parfois à enregistrer la tonada quand elle en valait la peine; le plus souvent à amadouer les détenteurs de la précieuse tradition, en régalant de quelque air de musique et de danse, ces gens si friands de l'une et de l'autre. Vous rappelez-vous cette jeune paysanne comme elle écoutait l'une de vos jotas, comme ses pieds se mirent à frétiller d'eux-mêmes, et comme au milieu d'étrangers et détrangères qui l'intimidaient quelque peu, elle ne s'en écria pas moins: ¡pero, chicos, esto se baila!....
>
> Quelques instants après mon arrivée, vous m'installiez avec vous, á la vieille chartreuse du Paular, dans votre famille, comme si j'eusse été, non un ami, mais un frère. Je retrouvai là et j'appris, en la connaissant mieux, à estimer davantage encore Doña María, votre admirable compagne, toute simple, toute bonne, toute laborieuse comme vous; entendue en cuisine non moins qu'en philologie; qui trouve moyen de diriger votre ménage, de nourrir vos enfants, de collaborer à vos travaux et d'en faire de personnels.
>
> Je vis, pour la première fois, le petit Ramoncito, et je me plus à rêver dans cet enfant déjà si éveillé, l'espoir au berceau, et bien souvent sur vos bras, de la philologie et peut-être, qui sait, de l'épopée espagnole.[9]

---

[8]Pierre Alphonse, Disciplines de clergie et de moralités, traduites en gascon girondin du xiv-xv siècle. Publiées pour la première fois par Jean Ducamin (Toulouse: E. Prviat, 1908). Cito de las págs. iii-vii.

[9]Murió en el Paular en el verano de 1908 de una meningitis. Tenía cuatro años. Después los veraneos allá cesaron.

Jimena, votre aînée, n'était pas là. Une épidémie de coqueluche, alarmant votre tendresse, l'avait fait éloigner et envoyer à Burgos, chez son oncle le gouverneur. Mais de temps en temps, au sortir de table, vous aviez faim encore et soif d'entendre votre fillette. Alors on mettait au phonographe certain cylindre soigneusement conservé et une voix de trois ans, déjà forte, comme il convient à une Chimène espagnole, nous chantait le romance de Don Bueso....

Vous m'emmeniez avec vous faire la chasse à vos chers romances ou encore courir cette sierra dont vous êtes l'amat passionné, jusqu'au Reventón, jusqu'au fier sommet de Peñalara et jusqu'au port de Lozoya par où, il y a quelques siècles, allait de Hita à Ségovie le parfois fort édifiant et souvent fort scandaleux archiprêtre Juan Ruiz....

Au retour de ces excursions, tandis que toujours las et veule, malgré les généreux bouillons au Jerez de Doña María, je m'en allais faire d'interminables siestes, vous autres, les infatigables, vous vous mettiez à inventorier le butin du jour ou de la vieille, ou à préparer la seconde édition de cette "gramatiquilla", comme vous disiez modestement, dont la première, à peine parue, était déjà épuisée.[10]

Le soir, après souper...nous allions tous deux nous promener dans le cercado de las colorinas... Je n'étais pas très rassuré lors de nos premières sorties et il me semblait parfaois, aux clartés incertaines et fantasmatiques de la lune, voir émerger des touffes de rebolledos, le croissant inquiétant de leurs cornes effilées. Mais il me fallut bien vite reconnaître qu'en cette chevaleresque terre d'Espagne, le bétail lui-même est noble, n'assaille qu'en face qui le provoque et ne sait point donne la cornada del pícaro.

Nous nous promenions là jusqu'à neuf, dix heures ou plus tard, sous le ciel le plus pur, le plus serein qu'on puisse voir et le plus fourmillant d'étoiles....

Dans l'air frais, sous le firmament radieux, nous devisions de toutes choses: d'une étymologie, d'une loi phonétique; des travaux que vous aviez sur le métier, de ceux que je devrais mettre sur le mien; de nos amis, de nos parents, de nos maîtres aimés; de la patrie, de Dieu, de l'âme.... Vous me disiez votre amour du travail avec cet accent simple et vrai, le même, sans doute, dont deux ans plus tôt vous aviez déclaré en entrant à l'Académie: "Amo el trabajo como la vida misma y trabajaré aquí si puedo ser útil en algo."

En vous voyant faire, en vous écoutant parler, la fièvre me prend à mon tour, et voilà que je veux rentrer à Madrid, achever ma copie, l'éditer et vous la dédier, et ce ne sera que justice puisque, sans vous, elle ne se serait jamais finie.

Un beau matin donc, alors que de tous côtés les gazons se piquent d'espantapastores, gracieux avant-coureurs de l'automne,

---

[10] Manual elemental de gramática histórica española, 2a. ed. (Madrid: V. Suarez, 1905). La primera edición se publicó en enero de 1904; la segunda a la vuelta de Menendez Pidal de su primer viaje a América.

> nous partons à pied; ¡que eso es de valientes! nous dit el Sr. Secretario de Rascafría, que nous rencontrons en route, confortablement assis sur un cheval, et après être, plus haut que les cabrones, montés jusqu'au Port /des Reventón/ à force de descendre et de descendre, de canchal en canchal, nous arrivons à la Granja. Là nous faisons un bon déjeuner à la Fonda de Embajadores, si je ne me trompe, et puis nous nous séparons. Vous reprenez le chemin de la sierra et je vous regarde zigzaguer vers les cîmes tant que je puis vous voir et lorsque vous disparaissez tout à fait, une grande mélancolie m'envahit, je regrette déjà ma décision et je me dis qu'une heure de plus passée avec vous et les vôtres aurait mieux valu que la meilleure des éditions de toutes les chergies du onde...

Ducamin no volvió a escribir sobre temas hispánicos. Se metió cartujo en Francia, dejando incompleto el estudio de la edición del Clergie. En los años futuros, y con permiso especial de los frailes, don Ramón, cuando iba a Francia, visitaba la cartuja y conversaba con él, uno de los amigos más recordados de su juventud.

La gran obra emprendida en estos años a que se refería antes es el romancero, ya nombrado en el pasaje de Ducamin. La recolección de la tradición oral, primero en Castilla luego por toda España y por toda la Hispanidad, se convirtió pronto en empresa familiar, anunciada por él en esos términos en 1907.[11]

Durante el siglo XIX los eruditos españoles y extranjeros negaban la pervivencia de romances en Castilla. Menéndez Pidal, llevado por su fe intuitiva y por su conocimiento de cómo el romancero vivía entre los rústicos de Asturias, no desesperó de descubrirlo en Castilla. En el

---

[11] En 1907 Menéndez Pidal publicó en Cultura Española un artículo escrito por C. Michaelis de Vasconcellos. La escritora portuguesa sentía gran admiración por el matrimonio, él como "o futuro reconstructor e historiador do Romancero Geral Hispanico," por ella que "ja deu provas do afinco e do excelente metodo como que trabalha neste campo" y cuyo Romancero de Castilla espera la Sra. Michaelis se publique en su día. La nota lleva una curiosa y simpática posdata anónima del redactor, que dice: "No publicará romancero especial de Castilla, sino que ambos seremos coautores del Romancero general español." v. Carolina Michaelis de Vasconcellos, "Estudos sobre o Romanceiro peninsular: Romances velhos," Cultura Española, VII (1907), pág. 770, nota 3.

viaje de novios, estando en Burgos de Osma, en la provincia de Soria, oyeron un romance del siglo XV, primer descubrimiento del género que se creía desaparecido.

> Voces corren, voces corren, voces corren por España
> que don Juan el caballero está malito en la cama...

Recitado por una lavandera, era un eco lejano, fidelísimo en detalle histórico, del dolor que produjo en toda España la muerte del primogénito de los Reyes Católicos. En los veranos siguientes, Menéndez Pidal recorrió desde el Paular las provincias castellanas, reuniendo los restos del romancero tradicional que vivía aun en la memoria del pueblo. Dejando a los niños con los abuelos, él y María Goyri hacían viajes a pie, generalmente en septiembre, por distintas provincias, buscando romances al mismo tiempo que intentaban, en Soria, localizar Robledo de Corpes, el lugar en el poema donde las hijas del Cid fueron raptadas. A pesar del pesimismo que oprimía los pueblos y los campos castellanos en aquellos primeros años del siglo, lo cual dificultaba toda observación sobre las costumbres del pueblo, ellos supieron con su ciencia, su conocimiento de la gente humilde y su espíritu optimista, hacer revivir la tradición. Poco a poco iban recreando las canciones que todos decían habían desaparecido, descubriendo verdaderos tesoros desconocidos hasta entonces.

Cuando Menéndez Pidal escribió en 1891 su primer artículo para una revista asturiana, lo terminó con una llamada para que todos colaboraran en la búsqueda de cuentos oídos en boca del pueblo. Convierte pronto en empresa nacional la labor de recrear el romancero. Toma en sus manos la dirección de este sondeo, espoleando e instruyendo a los aficionados y eruditos colectores sobre la manera de proceder para rebuscar el romance que existía en forma oculta. A través de la corres-

pondencia y aprovechando las revistas provinciales y nacionales, señala el alto valor científico y artístico de la tarea y lucha por despertar el interés en ella como "un servicio positivo a la ciencia y a la patria."[12] Pronto empezaron a aparecer por todas partes muestras de romances desconocidos en las colecciones antiguas y modernas. El, con María Goyri, en un par de días pasados en Riaza, en la provincia de Soria, en septiembre de 1905, recogieron más de cien versiones romances orales. "Fue aquél el año de promisión y abundancia para el Romancero, mi primera convicción se había robustecido."[13]

Al dirigir esta empresa, que enfoca desde el principio como una labor patriótica, tiene que luchar contra la apatía, por un lado, y contra el pesimismo general de la época, expresado en la obra de los demás autores y poetas jóvenes. En el ensayo, la poesía y la novela tienen la vista clavada, con tristeza y melancolía en Castilla, su pasado y su tradición. La realidad de su obra es muchas veces una realidad soñadora, basada en la evasión de una visión sujetiva. Unamuno, también pesimista, va madurando su idea de la intrahistoria, aquello perdurable que vive debajo de las olas de lo anecdótico histórico. Menéndez Pidal, filólogo, hace de la intrahistoria una realidad objetiva con el descubrimiento de la tradición oral en estado latente. Debajo del pesimismo accidental de los pueblos castellanos, encuentra una realidad distinta que tiene sus raíces en una tradicióncontínua compuesta de danzas y canciones que

---

[12] La Lectura, III (1903), págs. 559-560, una reseña de un artículo de Menéndez Pidal titulado "En favor del romancero," que se publicó en Revista de Extremadura, Cáceres, octubre de 1903.

[13] R. Menéndez Pidal, Romancero hispánico, hispanoportugués, americano y sefardí: Teoría, II (Madrid: Espasa-Calpe, 1953), pág. 298.

Machado, sobre todo, aunque maestro en Soria, no escuchaba.

> Las generaciones actuales no aciertan a ver sino una desolada Castilla, la que evoca nuestro grande y entristecido poeta:
> la de altos llanos y yermos y roquedas,
> de campos sin arados, regatos ni arboledas,
> decrépitas ciudades, caminos sin mesones,
> y atónitos palurdos, sin danzas ni canciones.
> Estas llanuras castellanas, aunque de aspecto austero, no tienen tristeza de páramo.[14]

Al contemplar Castilla y los habitantes de sus pueblos, al bucear en ella para salvar la tradición que vive en su memoria, Menéndez Pidal siente un fervoroso amor por su patria, identificado por Menéndez Pelayo en 1902 como el genio latente de su obra. Para Menéndez Pidal, la recopilación y el estudio de la poesía recibida por la tradición, no es mero entretenimiento de eruditos, sino una etapa necesaria que pudiera estimular e informar a los poetas modernos en su acción de guiar los sentimientos colectivos; de ahí quizás su repulsión del pesimismo de los poetas del 98 que se tradujo en apatía frente a la tradición romancística tal y como se presentaba en el pueblo castellano.

---

[14] R. Menéndez Pidal, España del Cid (Madrid: Plutarco, 1929), págs. 125-126. En la segunda edición, publicada por Espasa-Calpe en Buenos Aires en 1939, al final de la Guerra Civil, este pasaje está muy revisado: "la generación del 98 no acertó a ver sino una desolada Castilla, la que evoca nuestro grande y entristecido poeta.... Pero el poeta, acaso ofuscado por su nativo andalucismo, ni siquiera tuvo oídos para percibir que esos palurdos se recrean en danzas y canciones de un alto valor poético y musical. Estas llanuras castellanas, aunque de aspecto austero, no tienen tristeza de páramo." Sigue una apasionada defensa del campesino de hoy, eco de las palabras que escribió a Unamuno en 1903, que "vive esperando que sus directores espirituales le devuelvan la fe en el obrar que le han quitado con implacable insistencia." (págs. 73-74. En la cuarta edición (Madrid: Espasa-Calpe, 1947), vuelve a la redacción primitiva, suprimiendo la frase que se refiere al poeta y sustituyéndola con otra que empieza "Riquísimas en danzas y canciones que Machado no se inclinaba a escuchar..." (pág. 116), por primera vez citando a Machado por su nombre.

Algunos críticos han querido aprovechar la segunda edición para demostrar que Menéndez Pidal se consideraba al margen de la generación del 98, sin fijarse en la ambivalencia de la redacción de este pasaje de una edición a otra.

En una hoja fechada el 10 de julio de 1901, Menéndez Pidal apuntó sus planes para el futuro; consta de diez obras repartidas a lo largo de los próximos 25 años, desde diciembre de 1901 (Gramática del poema del Cid) hasta diciembre de 1925 (Edición de las Crónicas generales). El programa establecido se alteró completamente, en parte debido a su absorpción con la edición del poema del Cid y en parte también a que iba cambiando su concepción de la vocación; al optar en favor de la profundización vertical en los temas, desapareció de la lista obras como una Historia de la literatura antigua.

Entre las obras cuya fecha de acabar se postergó, figura el Romancero general, puesta en la lista para diciembre de 1904. Sus hallazgos se mantendrían durante un plazo mucho más largo en estado oculto entre sus innumerables fichas y carpetas. En diciembre de 1904 ocurrió, sin embargo, el acontecimiento que Menéndez Pidal en su vejez nombró como el hecho más sobresaliente en su memoria del pasado; se trata también de algo íntimamente relacionado con el romancero. Fue nombrado comisario del Rey de España para solucionar un conflicto fronterizo entre Ecuador y el Perú. Una guerra entre los dos países parecía inminente y el Presidente del Perú pidió a España que mediara el conflicto. Salió Menéndez Pidal para América en seguida, pasando por París el día de Navidad. Se dirigió primero a Quito donde residió algun tiempo y logró arbitrar las diferencias entre las dos partes. El 29 de enero se firmó, con los plenipotenciarios de Ecuador y el Perú, Honorato Vazquez y Mzriano H. Cornejo, respectivamente, un acta en que, a petición de Menéndez Pidal, ambos países se comprometían a retirar las fuerzas que tenían en el Napo, del alto Amazonas, y entre las que ya había habido sangrientos choques.

Desde el 98 le había preocupada a Menéndez Pidal la desintegración de las Españas. Como filólogo pensaba en el provenir de la lengua. Hubiese querido incluso intervenir en la polémica entre Valera y Cuervo sobre la unidad del idioma a principios del siglo, pero, aparte de su falta de ánimo periódistico, opinó que no tenía la madurez para terciar entre los dos venerables maestros y amigos. La petición para que mediara el conflicto de fronteras entre Ecuador y el Perú como comisario del Rey de España la enfocó como una oportunidad para que España siguiera haciendo un papel de colaboradora en las empresas americanas, para abrir nuevamente los horizontes del Atlántico.

Pero, confesaba siempre que no hacía aquel viaje sólo para atender a la cuestión de límites; llevaba el propósito incidental de encontrar romances tradicionales cuya existencia negaban todos los historiadores y eruditos americanos. Su interés en el romancero americano remontaba a muchos años atrás, cuando al establecer contacto con Cuervo en 1897, solicitaba detalles sobre los romances en Colombia. La cosecha en Castilla a partir de 1900 había reforzado su fe en la pervivencia de la tradicional oral en América.

> Precisamente por aquellos años era general, en el mundo literario erudito...el negar la esencia de la tradición poética, negar su continuidad ininterrumpida, y esta negación tenía, respecto del romancero americano, un formidable apoyo: no había noticia ninguna de romances orales en América. Se creía por todos que en el Nuevo Mundo los antiguos romances tradicionales eran sólo conocidos por los literatos que los leían en los libros; no era imaginable que el viejo romancero pudiese haber arraigado entre los indígenas y entre los criollos de las tierras americanas.[15]

En Quito, donde comenzó sus averiguaciones, no logró nada que le animase pero tampoco pudo, por sus ocupaciones, ponerse en contacto

---

[15] R. Menéndez Pidal, Un recuerdo de juventud (Wellesley, 1952), p. 5.

directo con las gentes del pueblo. En Lima, donde estuvo 40 días, tampoco pudo hacer averiguaciones directas, pero interesó al ministro Cornejo, quien al instante le entregó una versión de Las señas del marido aprendida por una señora limeña en su niñez. Bastó para confirmar la esperanza. Terminada su misión, y después de celebrarse en el Ateneo una velada en su honor el 18 de marzo de 1905, salió con destino a Chile, acompañado por Cornejo y el poeta peruano José Santos Chocano, que formaban parte de una representación diplomática que el Presidente Pardo envió con él a España para informar sobre el arbitraje.

En Santiago, el poeta y erudito Julio Vicuña Cifuentes le acompañó a los suburbios de la ciudad donde Menéndez Pidal pudo recoger algunas versiones. Vicuña, entusiasta, siguió buscando las canciones viejas activamente. En el mismo año de 1905 publicó en Santiago un pequeño folleto de instrucciones sobre la manera de proceder para recoger romances populares, introduciendo como muestras algunas versiones recogidas e indicando cómo había que buscarlos entre las personas ancianas, los campesinos y los criados, quienes los conservaban en su memoria.[16] El folleto es un reflejo de la técnica recolectora usada por Menéndez Pidal en Castilla.

De vuelta a España a finales de la primavera después de breves estancias en la Argentina y Montevideo, guardaba una serie de recuerdos inefables de su primer viaje a América: el haber escalado el monte Pichincha en Ecuador, donde se retrató orgulloso, la altura tal que a las caballerías les salía la sangre por las orejas; la asistencia a las fiestas

---

[16] J. Vicuña Cifuentes, Instrucciones para recoger de la tradición oral romances populares (Santiago: Imprenta de E. Blanchard-Chessi, 1905).

de Lima de las que guardó por muchos años un cartel de seda que llevaba la foto suya en vez del torero; el excelente chocolate peruano tomado en jícara; las geniales conversaciones celebradas con Ricardo Palma sobre temas académicos. Dejó como huella de su paso por América, la concordia política y la recuperación de uno de los vínculos espirituales del continente americano con España.

> Hay un género de patriotismo que no crece en las luchas ni se alimenta con sangre del hombre: es la obra tranquila del historiador, del filólogo, del varón empeñado en restaurar las cosas vividas.[17]

Menéndez Pidal se apresuró a publicar un artículo sobre las 31 muestras de romances recogidos por él o que le fueron proporcionados en América. Observa que son la prueba de que se conserva el género: "sólo hace falta que se descubran en más número para poder estudiar su conjunto, que será de un alto interés." Una y otra vez suena al final del estudio de una de las versiones, frases como las siguientes: "es pues necesario antes de admitir este romance...recoger más versiones...en Bolivia, en el Perú, en el Ecuador, que nos aseguren su popularidad"; o "será preciso hallar más versiones que confirmasen su difusión"; o "los publico con el deseo de que se recojan otras versiones análogas."[18] En números sucesivos de Cultura Española, de la que es director de la sección de filología de 1906-08, publica, en portugués, un estudio largo del romancero hispanoportugués por Carolina Michaelis de Vasconcellos (v. la nota 11) y un catálogo del romancero judío-español, basado en las versiones impresas

---

[17] Ateneo de Lima, Velada literaria en honor de...Ramón Menendez Pidal (Lima, 1905), pág. 6.

[18] "Los romances en América," Cultura Española, I (1906), págs. 72-111.

en las colecciones, a las que sumó más de 160 inéditas reunidas por iniciativas suyas ante los eruditos del norte de Africa, oriente y la Europa oriental.[19]

Aparte de estas tempranas publicaciones hechas con un fin didáctico-propagandístico para estimular el interés en el romancero viejo, no vuelve a publicar su siempre creciente colección durante 20 años. Yace en estado latente; tal es así que Vicuña Cifuentes, habiéndole enviado la abundante cosecha realizada por él en Chile con la intención de que se incluyese en el Romancero general, al ver que se retrasaba tanto publicó en 1912 el romancero de Chile, dedicándolo a Menéndez Pidal. En la Argentina, Ricardo Rojas, que le había dado noticias pesimistas a principios del siglo, afirmó la no existencia de romances orales en Argentina en su Historia de la literatura argentina de 1917, a pesar de que desde 1906 Menéndez Pidal tenía en su colección cinco versiones que había recibido de Córdoba de Tucumán. El mismo Menéndez Pelayo, en su Tratado de romances publicado en 1903, pasa por alto la tradición oral encontrada ya en Castilla y demuestra cautela en cuanto al valor y la pureza de la tradición oral en otras regiones de España.

Durante la guerra civil española, los papeles de Menéndez Pidal se llevaron bajo protección diplomática a Suiza; en el camino de Francia, pasando el camión por un pueblo de Cataluña, cayó del vehículo una caja conteniendo el Romancero. La vió al lado del camino un castellano y la llevó a un castillo cercano donde se conservó hasta que la familia de don Ramón, que vivía entonces en Segovia, pudo, a través de las autoridades

---

[19] "Catálogo del romancero judío-español," Cultura Española, IV (1906), págs. 1045-1077; V (1907), págs. 161-199.

catalanas, gestionar su recuperación. Estaba aún sin publicar; en aquellos días estaba a punto de perderse otra vez la tradición romancística de España.

Los descubrimientos hechos en los primeros años del siglo en cuanto a la ocultación de la poesía tradicional, junto con sus observaciones de los fenómenos linguísticos en el curso de la restauración de las crónicas y la epopeya, le permitieron a Menéndez Pidal madurar nuevos conceptos linguisticos. Se convenció de que la latencia se daba igual en la lengua y por lo tanto pudo expresar, al redactar la gramática del poema del Cid, publicada en 1908, lo siguiente con respecto a la diptongación de la o tónica:

> En España, como en los demás países romances, el diptongo de la ó hemos de suponer a priori, aunque de ello no tuviésemos documentos, que pasó por un grado primitivo uo.... Este grado uo es el que indudablemente reflejan los dos más antiguos monumentos de España, el Cantar del Cid y el Auto de los Reyes Magos, por más que en sus respectivos manuscritos no aparezca.[20]

Es decir, ya en 1908 aparece la teoría del estado latente en la lengua que recibiría más amplia explicación y nombre en sus Orígenes del español (1926). Es quizás la primera ocasión en que Menéndez Pidal hace teoría; representa el paso de la etapa en que se dedica a la acumulación de datos a una nueva etapa teórica. La tradicionalidad de la literatura española la expuso por primera vez en forma amplia en las conferencias pronunciadas en Johns Hopkins University en marzo de 1909; otro profesor que lee estudios sobre la epopeya francesa en la misma ocasión es Joseph Bédier, defensor del individualismo positivista. Desde este momento

---

[20] Cantar de Mío Cid. Texto, gramática y vocabulario. Tomo I: Crítica del texto y Gramática (Madrid: Bailly-Baillière e Hijos, 1908), pág. 143.

empieza la polémica con los medievalistas franceses que ha de durar sin tregua el resto de la vida de Menéndez Pidal, ya muy ducho en polémicas y en saber remar contra la corriente.

Don Ramón actúa en estos años de guía y maestro en la recopilación y restauración de los romances viejos. Su labor de maestro tiene otra vertiente importantísima en esta época que no es tampoco la Universidad. Aunque era catedrático desde 1899, no tuvo alumnos hasta 1902, ya que el plan vigente de la Facultad colocó su asignatura en tercer año, no habiendo por entonces alumnos de ese nivel. Aun despues, la orientación a su cátedra le valió horas difíciles y temores de encontrarse sólo ya que se negó a montarla como mera preparación para un examen. Si se fija en la obra crítica que iba publicando en España y en el extranjero desde 1895 en adelante y con mucha abundancia desde 1900, hay que concluír que su cátedra fueron las revistas. Aprovechó las revistas eruditas para propagar en España el conocimiento de los trabajos hechos por hispanistas extranjeros sobre la Edad Media española y para hacer que la erudición española sobre la filología y la literatura medieval llegase afuera. La obra crítica de Menéndez Pidal es innovadora; nítida y precisa en su exposición y objetividad; exigente en cuanto a su fondo científico, y modesto y benevolente en cuanto a su intención didáctica, que es siempre positiva. En España colaboró en la Revista de Archivoa, Bibliotecas y Museos; en la Revista crítica de historia y literatura, fundada en 1893 por Rafael Altamira Cierva y en Cultura Española, fundada en 1906 también con finalidad renovadora. En el extranjero su crítica se encuentra en revistas de Francia, Alemania e Italia y abarca las principales obras publicadas en Europa y América sobre los textos medievales.

En diciembre de 1906 Unamuno, al hacer repaso a la cultura española en aquel año, habló de la nueva revista Cultura Española:

> Ha aparecido, sí, una revista que se llama La Cultura española, pero por laudables que sean los esfuerzos de sus colaboradores, no me parece que marca el rumbo más a propósito para desencharcarnos. Allá se han dado cita casi todos los enterradores de nuestro pasado a trechos hiede aquello a erudición camelluna que apesta y en general hay allí de todo menos espíritu y agilidad.[21]

Destruír es edificar, decía Unamuno desde el fondo de su pesimismo y se lanza indiscriminadamente a atacar el esfuerzo de todos los reunidos en aquella revista, agrupando a Menéndez Pidal con los enterradores. La obra crítica de Menéndez Pidal y su dirección de la sección de filología de la revista, al poner la nueva ciencia al alcance de los hispanistas de dentro y de fuera -- sobre todo de estos últimos ya que en España eran pocos los entendidos o interesados --, estaba enteramente en la línea de los que aspiraban a hacer una cosa que estuviera bien en aquel entonces, los jóvenes. Unamuno, al escribir este pasaje, tampoco era indiferente a la obra de Menéndez Pidal.

---

[21] De esto y aquello, I (Buenos Aires: Suramericana, 1950), pág. 222.

CAPITULO V

MENENDEZ PIDAL Y UNAMUNO

El primer roce de Menéndez Pidal con Unamuno ocurrió con motivo del concurso sobre el poema del Cid abierto por la Real Academia Española en junio de 1892, al que los dos decidieron presentarse, Menéndez Pidal desde Madrid donde acababa de doctorarse en Letras, Unamuno desde Salamanca donde era ya catedrático de griego. Debido al concurso, la entrada de Menéndez Pidal en el campo de las letras tomó orientación lingüística. Para Unamuno la derrota en el certamen de la Academia contribuyó a su repudio del intelectualismo y al abandono de la filología románica.

Los encuentros entre Menéndez Pidal y Unamuno a finales del siglo y la amistad que nació entre ellos a partir de 1900, a pesar de formar un capítulo en la historia de la filología española, han pasado desapercibidos, estando aún sin estudiar. El primer encuentro se realizó en medio de un silencio absoluto debido a las condiciones del concurso, que exigían que los trabajos presentados fueran anónimos. Despreciado el suyo, Unamuno pensó en un principio aprovechar la Introducción para hacer un libro sobre el castellano y sus orígenes; luego abandonó el proyecto y, con ello, el manuscrito, depositado en la Academia en donde se conservó sin firma y desconocido hasta que tuve la suerte de encontrarlo en 1976. Unamuno no hizo

mención de su participación en el concurso. El segundo encuentro se dió con ocasión de las oposiciones a la nueva cátedra de filología comparada del latín y el castellano en Madrid, de las que Unamuno se retiró repentinamente. Un breve encuentro personal ocurrido en esa misma época floreció un año después en amistad; después se vieron y se escribieron con frecuencia, unidos por muchos intereses comunes, durante el primer decenio del siglo. La correspondencia está inédita aunque dada a conocer parcialmente por el profesor García Blanco de Salamanca y el mismo Menéndez Pidal. García Blanco también encontró entre los papeles de Unamuno en Salamanca el borrador y notas del estudio que presentó a la Academia en 1893, sin haberse dado cuenta de lo que eran. Poco después de la muerte suya se publicó en Chile una colección de cartas de Unamuno en que se habla ampliamente del concurso.[1] El estudio de las relaciones entre Menéndez Pidal y Unamuno tiene necesariamente que arrancar de lo sucedido con respecto a este concurso.

Unamuno, al igual que Menéndez Pidal, se sintió atraído por la filología -- o más bien la lingüística -- desde muy pronto. Además de sus lecturas, se le ve influído en sus primeros estudios del castellano por el catedrático Sánchez Moguel, con quien estudió el poema del Cid en la Universidad y que nombra como frecuente compañero suyo hacia 1890-1892. Pero Sánchez Moguel no era filólogo y Unamuno, en abril de 1890, inició su correspondencia con Pedro de Mugica, lector en filología en la Universidad de

---

[1]Manuel García Blanco, Don Miguel Unamuno y la lengua española (Salamanca: Universidad de Salamanca, 1952); Ramon Menéndez Pidal, "Recuerdos referentes a Unamuno," (Cuadernos de la Cátedra de Miguel de Unamuno, II [Salamanca: Facultad de Filosofía y Letras, 1951]), págs. 5-12; Cartas inéditas de Miguel de Unamuno, recopilación y prólogo de Sergio Fernández Larraín (Santiago: Zig-Zag, 1965). García Blanco habla del encuentro del cuaderno en el estudio citado, págs. 22-27, y de las cartas cruzadas entre Menéndez Pidal y Unamuno.

Berlin y amigo suyo de la infancia, buscando en él una persona que compartiera sus intereses y le pusiera en relación con los filólogos alemanes. Es más o menos la misma época en que al estudiante Menéndez Pidal le incomoda el dogmatismo de Sánchez Moguel, suple la cátedra con lecturas hechas en el Ateneo, al igual que Unamuno pocos años antes, y empieza un diálogo con Leite de Vasconcellos sobre filología, los romances hispanoportugueses y dialectología.

Hasta el verano de 1890 Unamuno estaba muy enfrascado en el campo de la filología, nombrando a Mugica toda una serie de estudios ya hechos sobre fonética y morfología; sin embargo, en cuanto empezó a hablar de una novela de la guerra carlista, su pasión lingüística comenzó a decaer, revelando un incipiente deseo de separación de la ciencia y mayor inclinación hacia la obra literaria, fruto de la imaginación, como el camino hacia la verdad. Una vez ganada la cátedra de griego en 1891 se propuso volver a dedicarse a la filología castellana pero le distrayeron otros intereses y para la primavera de 1892 tenía los estudios lingüísticos cada vez más abandonados. Insistía en esta época que la lingüística no era su verdadera vocación y que la cultivaba como gimnástica espiritual y como campo de enseñanzas psicológicas sobre los hombres y el pueblo.

Estando Unamuno en esta actitud de apartamiento en cuanto a la linguística, la Real Academia Española, el día 24 de junio de 1892, anunció la apertura del certamen sobre Gramática y vocabulario del poema del Cid, con premio de 2.500 pesetas y medalla de oro, mas la publicación de 500 ejemplares de la obra premiada. Unamuno recibió la primera noticia del concurso de Mugica, desde Berlin, e indagando al momento las condiciones del mismo, decidió presentarse.

A medida que pasan los meses del curso siguiente en que se dedica a preparar el trabajo para la Academia, aumenta la impaciencia de Unamuno por terminarlo para volver a poner en movimiento los personajes de su novela. Al entregarlo se le nota satisfecho pero al mismo tiempo afirma que el concurso le sirvió sólo como "una ocasión de libertarme de una vez de la obsesión románica."[2] En marzo de 1892 había expresado el mismo deseo:

> Estoy muy adelantado en mi Poema del Cid. Ríase usted de eso de los 12 o 14 años de trabajo, son pamplinas. Si se quiere agotar una material, cualquiera que ella sea, y en este caso etimología a todas las palabras ¡claro que sí!, pero si non, ¡non!
> .....
> Que se le quite a usted de la cabeza lo de los 16 años. ¿A dónde íbamos a parar? Además que no vale el Poema del Cid, ni casi casi la filología románica 16 años de vida de un hombre. Cada día estoy más decidido a dejar de lado el romanismo y la filología en cuanto despache este infundio y no dedicarme a ellos sino por incidencia y como <u>dilletante</u> (exceptuando mi cátedra).[3]

En el trabajo que entregó a la Academia a finales de mayo, un mes antes del cierre del concurso, Unamuno, siempre anti-programático, no se atuvo a lo que la Academia pedía, sino anunció su propósito de examinar el Poema "como texto revelador de las primicías de la lengua española," y de ahí hizo en la Introducción una exposición didáctica de la historia de la lengua basada en la doctrina biológica-evolucionista característica del pensamiento lingüístico de Schleicher. Es un estudio hecho sin intención crítica ni filológica; aspiraba ante todo a hacer una labor didáctica-misionera, animando a los españoles "a entrar en un campo casi nada explorado aquí, en el que quisiera ver muchos y animosos trabajadores pero en el que ¡como ha de ser! no me decido a enterrarme" (pág. 191).

---

[2] <u>Cartas inéditas</u>, pág. 181.

[3] Ibid, págs. 183 y 185. El primer tomo del trabajo de Menéndez Pidal premiado por la Academia se publicó en 1908, así que la burla de Unamuno resultó ser una curiosa profecía.

La Academia tardó hasta febrero de 1895 en celebrar la votación sobre los cuatro trabajos presentados. Unamuno, en Salamanca, esperó impaciente el fallo. En el otoño de 1893 Mugica supo a través de uno de los jueces que era probable que el premio se diera a un joven que quedó sin nombrar, que había hecho descubrimientos nuevos en torno al Poema; la reacción de Unamuno es violenta. Le contesta a Mugica instruyéndole que por el mismo cauce haga llegar un comentario apasionado en que denuncia tanto los supuestos méritos de aquel trabajo como el juicio de los académicos. Mugica cumplió el encargo. En la próxima carta, de 13 de noviembre, Unamuno demuestra tener todavía los nervios muy alterados.

> ¡Yo tan satisfecho de mi ensayo de aplicación a leyes biológicas evolutivas!...Verme ahora con que perdí el tiempo por no haberme dedicado a itinerarios y cosas por el estilo. Hágame el favor de preguntar al individuo ese que le sopla a usted los académicos secretos si los señores jueces han leído...mi trabajo, porque como no tiene itinerarios es poco atractivo" (Pág. 215)

Mugica y Unamuno siguen hablando sobre el poema del Cid; en marzo de 1894, Unamuno habla despectivamente sobre su valor literario, al mismo tiempo que pide noticias y expresa el temor de que Menéndez Pidal (que un mes antes había publicado sus hallazgos de fragmentos del desconocido epopeya sobre los Infantes de Lara) sea el que ande de por medio, nombrándole por primera vez.

> Me dice usted que he estudiado poco el Poema del Cid para negar que sea todo un mundo. Todo un mundo filológico...¡psh! como usted quiera. ¡Pero literario! Le digo y le repito que hay miles de cosas mejores en castellano, que literariamente es aquello una lata, una monumental lata, que ni por sus descripciones, ni por los caracteres, ni por nada sobresale mucho.
>
> .....
>
> No creo fue dormir todo el curso pasado ocuparme en lo del Poema del Cid. Que por cierto nada sé de él ni de la Academia. Me temo que ande de por medio Menendez Pidal u otro por el estilo. Usted, ¿sabe algo? (págs. 224 y 225)

Hubo revuelo en la Comisión de jueces de la Academia, pero por fin el 31 de enero de 1895 propusieron para el premio la memoria señalada con el número 4. No obstante, para no coartar la libertad de los académicos, fueron sometidas a votación las tres memorias más notables, las que llevaban los nos. 4, 2 y 1 (Menéndez Pidal, José Lomba y Pedraja y Unamuno) "siempre que constara ser preferible en el concepto de la Comisión la 4a. a las otras dos, y la 2a. a la 1a." En la votación celebrada el 7 de febrero, el trabajo de Menendez Pidal recibió 19 votos y Lomba, uno. No hubo ninguno a favor de Unamuno.[4]

En opinión de Armando Zubizarreta, Unamuno sufrió, por los primeros meses de 1895, una aguda crisis espiritual; la confesión explícita de esta crisis se la hizo a su amigo Bernardo Rodriguez Serra, de Barcelona, en carta hoy perdida, pero cuyo contenido se refleja en la contestación de Rodirguez Serra a Unamuno con fecha 9 de mayo de 1895:

> ...comprendo y siento de veras al pensar las terribles luchas que habrá sostenido V. Verdaderamente es cosa terrible. No creo que nadie pueda tacharlo a V. de loco ni de tonto; pero sí creo que, dado su temperamento nervioso, apasionado, le conviene moderar los ímpetus de su caracter, madurar las cosas y realizarlas con gran tranquilidad.[5]

Zubizarreta concluye también, de esta carta, que para 1895 Unamuno estaba ya convencido de las limitaciones del intelectualismo. "Creo, como V. que el intelectualismo es pernicioso, grave, malo."[6] Dado el temperamento "nervioso, apasionado" de Unamuno, no parece descaminado ver en la crisis

---

[4]Actas de la Real Academia Española, Madrid, 31 de enero y 7 de febrero de 1895.

[5]Armando F. Zubizarreta, Tras las huellas de Unamuno (Madrid: Taurus, 1960), pág. 36.

[6]Ibid, pág. 35.

de 1895 una estrecha relación con el concurso de la Academia e incluso pensar que el fallo dado en febrero iniciara la fuerte conmoción espiritual que culminó en 1897.

La próxima vez que coinciden es en Madrid en noviembre de 1899, donde habían firmado la oposición a la nueva cátedra de Filología comparada del latín y el castellano. Eran tres los opositores: él, Menéndez Pidal y Rufino Lanchetas, autor de una gramática y vocabulario de Berceo. Comentándolos con Mugica, Unamuno opina equivocadamente que el más temible, "el único de veras temible es Lanchetas...y Menendez Pidal por su influencia. Pero yo soy muy conocido y creo que casi todos los jueces...serán amigos míos" (carta de 13 de noviembre de 1899, pág. 286). Unamuno hasta ahora no había leído nada de lo que Menéndez Pidal había publicado; de hecho no leía nada de lo que se publicara en España en el campo científico, según afirmó con mucho enfado en las cartas dirigidas a Mugica.

Para Menéndez Pidal el más temible era Unamuno, por su fama de novelista y ensayista, su habilidad discursiva y sus ocho años de catedrático en Salamanca. Sin embargo, después de haber dedicado gran parte del año de 1898 a preparar su programa y estando ya en Madrid, Unamuno decidió retirarse. Estaban Menéndez Pidal y Lanchetas reunidos en el local de la Universidad esperando la llamada del tribunal y comentando el rumor de que Unamuno no acudiría cuando de repente entró Unamuno.

> ...en la puerta de nuestra sala de espera aparece la figura de Unamuno, que a paso lento, escrutando con sus atónitos ojos de buho el fondo de la sala, avanza distraído hacia nosotros. Nunca tan indeseada aparición ví. Nos saluda como a coopositores desconocidos. Lanchetas por hablar algo, le alude al rumor de su desistimiento y él responde: "Vengo a presentarme al tribunal, porque tengo derecho a tomar parte en estas oposiciones que he firmado, pero no pienso seguirlas; me vuelvo esta tarde a Salamanca. Sólo vengo porque nunca se debe dejar de ejercer un

> derecho que se tiene." Yo respiraba muy satisfecho al oír aquella salida.[7]

¿Porqué se retiró Unamuno tan repentinamente de las oposiciones de Madrid? ¿por el cambio en su situación económica, muy apremiante a lo largo de 1898?, ¿por su aversión a Madrid debido al mal recuerdo de sus años estudiantiles?, ¿por escrúpulos de verse vencido nuevamente por Menéndez Pidal? En las cartas dirigidas a Mugica y a otro amigo de su infancia, Juan Arzadún, da como motivo su aversión a Madrid:

> ...nos llamaron a las oposiciones a la cátedra de filología y renuncié a ellas. Se han quedado solos Menéndez Pidal y Lanchetas. No me conviene Madrid, ni me gusta... (carta a Mugica, pág. 295)

Unamuno volvió a su refugio en Salamanca y Menéndez Pidal ganó las oposiciones. Muy poco después, en diciembre, estando Unamuno en Madrid como vocal en un tribunal de oposiciones, se conocieron personalmente. Cuando a raíz de ese breve encuentro, que se dió en un ambiente muy madrileño paseándose por la calle de Alcalá, Menéndez Pidal al año siguiente inició la correspondencia con una petición de que Unamuno le consultara un códice en Salamanca, Unamuno contestó complacido en una carta llena de afecto. Confiesa que hasta aquella breve charla de hace un año las buenas referencias que de él tenía no habían bastado para deshacer los prejuicios que tenía contra los que se dedican a trabajos de erudición. En aquella ocasión le había visto a verdadera luz, había procurado después leer sus obras y se consideraba ya una de las personas que más admiraba su talento. Unamuno estaba en la mejor disposición para entablar amistad.

Se veían a menudo cuando Unamuno, ya Rector de la Universidad de Salamanca a partir de 1901, iba a Madrid por cuestiones del Ministerio en

---

[7] "Recuerdos referentes a Unamuno," págs. 5-6.

que Menéndez Pidal le ayudaba. En Salamanca Unamuno se hizo cargo en 1903-04 de la misma cátedra que Menéndez Pidal ejercía en Madrid y tanto como la preocupación por el estado de la enseñanza universitaria, les unía el interés común de renovar los estudios del español.[8]

La actividad independiente de Unamuno en el campo de la lengua va disminuyendo a partir del momento en que él y Menéndez Pidal se conocen y empiezan a tratarse. Como prueba de esto sirva su abandono de su proyectada historia de la lengua. En la primera carta que escribió a Mugica, allá por 1890, Unamuno le anunció un propósito firme de hacer una gramática histórica del castellano. Gran parte de los materiales que vertió en el trabajo preparado para la Academia, fueron estudios hechos con esa finalidad (de fonética y morfología, sobre todo). Unamuno pensó hacer de su trabajo hecho para la Academia un libro sobre los orígenes del castellano; así lo anunció a Mugica cuando estaba a punto de terminar el estudio, hacia mayo de 1893:

> Tengo el propósito si fracasa en la Academia de hacer de él dos mitades: de la Introducción extendiéndola, ampliándola, rellenándola algo haré un librillo en que se exponga bajo cierta forma y criterio la biología del castellano, sus orígenes explicados con tendencia didáctica encaminada a mostrar en ellos las leyes generales del desenvolvimiento del organismo linguístico. (pág. 193)

Después del concurso, el borrador y notas (no ya el trabajo porque no lo retiró de la Academia) fueron a parar al cuaderno donde iba reuniendo los materiales para su "biología del castellano." Aparece ya el título de ese libro, Vida del romance castellano, en una carta a Clarín el 2 de octubre de 1895. Después de su crisis de 1897, lo nombra en carta a un amigo, Juan Arzadún:

---

[8] Ibid, pág. 6.

> Por vía de descanso he vuelto a tareas filológicas. Preparo mi Vida del romance castellano: ensayo de biología linguística; trabajo en recolectar voces, giros, fonetismos, dichos, etc., de esta región salamantina...que me proporciona gran distracción, y proyecto una Patología del lenguaje.[9]

En 1898 lo menciona entre sus obras proyectadas para más adelante en carta a Pedro Jimenez Ilundain, gran amigo navarro.[10] Sale este proyecto de obra con insistencia en la correspondencia de Unamuno de 1900, en dos cartas dirigidas a Luis Ruiz Contreras ("mi Vida del Romance castellano, que avanza lentamente") y en dos cartas escritas a Clarín en la primavera:

> Lo que tengo cada día más abandonado es el estudio de la linguística. Duermen en mi cajón los riquísimos materiales acumulados en doce años para mi Vida del romance castellano: Ensayo de biología linguística. Temo que pudiera valerme de parte de algunos el dictado de sabio...según pasan los años, cobro más aversión a eso que aquí se llama sabios, es decir savants y no sages. Los nuestros son temibles.[11]

Uno de los primeros temas que plantea con Menéndez Pidal es esta obra, nombrada en la primera carta de Unamuno de fecha 20 de diciembre de 1900:

> También he de necesitar de su ayuda, concurso y consejo, cuando me ponga a dar forma a los materiales que tengo para una Vida del romance castellano: ensayo de biología linguística, obra de vulgarización, cuyo sentido y plan le explicaré. Le daré noticia también de cuanto respecto al habla popular en esta región (y aun Zamora, sobre todo Sayago) tengo recogido.

No vuelve a aparecer nombrada esta obra en las cartas conocidas de Unamuno a Menéndez Pidal (son diez más algunos fragmentos) hasta octubre de 1903; lo que sí hace, practicando su convicción de que la ciencia es obra

---

[9] Sur, no. 19 (sept. 1944), pág. 57.

[10] García Blanco, Don Miguel de Unamuno, etc., pág. 20.

[11] Menéndez Pelayo, Unamuno, Palacio Valdés, Epistolario a Clarín (Madrid: Ed. Escorial, 1941), pág. 73.

colectiva, es empezar a desmenuzar su gran colección de voces populares enviándosela a Menéndez Pidal quien va incorporándolas a los materiales que prepara sobre el dialecto leonés (publicada en la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1906). En mayo de 1902 Unamuno le manda "una primera cosecha":

> Sólo una parte de las notas están trasladas -- y aun ello provisionalmente -- a cuartillas (usadas); el resto tal y como las cogía en mis viajes y paseos o la calle: en sobres, en papelitos, con lapiz no pocas veces. Deseo que le sirvan. Habrá muchas repeticiones, habrá vocablos castellanos corrientes; no he ordenado nada. Cuando nos veamos le daré las aclaraciones que pueda, sobre todo de índole geográfica. Una gran parte son de la Ribera del Duero (Villarino, Pereña, Masueco, Aldeadávila, Vilvestre, Saucelle, Hinojosa, etc).[12]

Menéndez Pidal acoge estas aportaciones de Unamuno con entusiasmo y tiene ésta y otras cosechas en su poder hasta el otoño de 1903, cuando se las devuelve.

En esa temporada Unamuno hace mención por última vez de su historia de la lengua:

> También yo proyecto una historia de la lengua castellana, pero con ciertas tendencias; como muestración del proceso general de un idioma, algo así como la obra de Huxley sobre el cangrejo (The Crebs) (sic), que es una introducción a la zoología general.

Y añade Menéndez Pidal, al dar a conocer este fragmento:

> Después no volvió a nombrar este proyecto, quizás renunció totalmente a él y de ello me lamento más que nadie...El hubiera hecho mucho bueno, a pesar de su espíritu imaginativo, rebelde a todo método riguroso.[13]

El concepto general de la obra, según esta noticia final, sigue siendo la misma que anunció a Mugica a raíz del trabajo hecho para la Academia.

---

[12]Menéndez Pidal, "Recuerdos," pág. 6.

[13]Ibid, pág. 8. Es fragmento de una carta fechada el 3 de octubre de 1903.

Menéndez Pidal también pensaba en una historia de la lengua, obra que empieza a nombrar a principios del siglo y que dejó sin terminar. Pero en relación al abandono de parte de Unamuno de su Vida del romance castellano, importa más otro quehacer de Menéndez Pidal. Publicó en enero de 1904 un texto para la cátedra universitaria, su Manual elemental de gramática histórica española. En el curso de 1903-04, Unamuno se encargó de la cátedra de filología en Salamanca; al darle a Mugica esta noticia, le anuncia que Menéndez Pidal está haciendo un texto. Ese texto, el Manual elemental, lo tiene Unamuno ya en diciembre; y en enero, el mes de su publicación, se lo recomienda a Mugica como "un epítome bastante bien hecho." Para Unamuno, nunca pródigo en elogios, este comentario basta para descubrir su contento con el nuevo texto que recomendó en seguida a sus alumnos. La explicación, buscada por otros, del abandono de su Vida del romance castellano es sencilla. Obedece evidentemente al hecho de que ya contaba con el texto que necesitaba para sus clases. Pasa a colaborar en las sucesivas ediciones del Manual, enviándole a Menéndez Pidal a partir de la segunda edición (1905), observaciones marginales que iba poniendo a su ejemplar en las clases. Menéndez Pidal, siempre agradecido de ayuda y de pruebas de la utilidad de sus libros, las recibe con satisfacción.

Menéndez Pidal veía en la nueva amistad entablada con Unamuno a partir de 1900 una oportunidad de colaboraciones con el profesor salamantino y le propuso en un primer brote de entusiasmo que hicieran estudios gemelos sobre el charro, el dialecto de Salamanca. Unamuno, tan generoso en las colaboraciones calladas, no parece haber acogido estas tempranas sugerencias de una actividad conjunta de tipo público. El trabajo lingüístico de Unamuno, en lo que tenía de riguroso y aprovechable, es decir, lo

que resultaba de la criba de su colección de voces populares, fue a enriquecer los trabajos futuros de Menéndez Pidal; en este sentido, el trabajo de Unamuno en el campo de la lengua fue absorbido por Menéndez Pidal. Pero no solamente su colección de voces populares, tan importante aspecto de la obra unamuniana, sino también la misma lengua literaria de Unamuno pasó como capítulo de estudio a la historia de la lengua castellana que Menéndez Pidal empezó a redactar en aquellos primeros años del siglo. El interés de Menéndez Pidal en este aspecto de Unamuno data de 1902 al confesarle su amigo sus inquietudes literarias, desahogándose contra los que le tachaban de escritor incorrecto:

> Esta miserable lucha por la personalidad me está tal vez perjudicando; y luego viene mi batalla con la lengua, mi esfuerzo por hacerme una, que siendo castellana, sea seca, precisa, rápida, sin tejido conjuntivo, sin las lanas y corchetes y hebillas que al castellano estropean, nada oratoria, caliente y de una sintaxis que no rompe el nexo de la espontánea asociación de ideas. Hay quien cree que descuido la forma, siendo una de las cosas de que me cuido más, sólo que mi cuidado es hacérmela propia de mi fondo. (Recuerdos, pág. 7)

Con motivo de la elección de Menéndez Pidal a la Real Academia Española en 1901, Unamuno le escribe que "de su amor al trabajo, de su entusiasmo casi místico (doy a esta palabra su sentido preciso) por la investigación espero mucho." Unamuno aborrecía a los eruditos "contadores de las cerdas del rabo de la Esfinge." Al principio había confundido a Menéndez Pidal entre ellos. Al conocerlo, descubrió en él el espíritu verdaderamente científico. Sabía lo que era el cultivo de la ciencia y la abnegación que representaba en España el esfuerzo de Menéndez Pidal. En la misma ocasión le anunció su propósito de dedicarle un ensayo que tenía en proyecto sobre la Religión de la ciencia. La idea de aquel ensayo, de haberse realizado, hubiese sido la siguiente, según una descripción de su preocupación por este tema que hizo en 1903:

> Preparo una obra de filosofía a la que no sé si titular Inteligencia y voluntad, Ciencia y religión, Razón y fe, conjunto entre sí de un lado inteligencia, ciencia y razón (Facultad económica, espiritual, desasimiladora, seleccionante) y otro, voluntad, religión y fe, que es lo constructivo y simbólico.[14]

Unamuno intuyó en Menéndez Pidal al profeta que con sentido mesiánico reconstruye y recrea el pasado. La paciente espera que adoptaba Menéndez Pidal frente a los documentos, las crónicas, la poesía épica, el pueblo y sus danzas y canciones, es la del místico que espera en desprendida mirada amorosa que se le revele la verdad; penetrando las tinieblas adivina la unidad perseguida a través de las partes. Unamuno veía en Menéndez Pidal no sólo al científico imparcial que recoge datos y noticias, guardando la humildad y la rectitud del asceta ante los hechos que va descubriendo, sino también al científico que pone alma en su trabajo, vivifica la ciencia y resucita el pasado.

Intimamente relacionada a este concepto es la preocupación de Unamuno por la fusión del arte y la ciencia:

> Yo no sé cuándo lograremos la fusión del arte y de la ciencia, cuándo nuestros artistas fecundarán su instinto con estudio reflejo y se esforzarán nuestros hombres de ciencia por dar vida palpitante a las verdades que descubren.[15]

Dar vida palpitante es lo constructivo y simbólico, es la obra de recreación; cargado este vocablo de sentido unamuniano, es el volver a crear el espíritu.

Esta es la actitud auténtica de Unamuno hacia Menéndez Pidal,

---

[14] García Blanco, "Tres cartas inéditas de Maragall a Unamuno," Cuadernos de la Catedra, III, 1952, pág. 11. V. también "Sobre la erudición y la crítica," ensayo de Unamuno de diciembre de 1905, en Ensayos, I (Madrid: Aguilar, 1958), págs. 717-718.

[15] Vida Nueva, Madrid, 19 de diciembre de 1898, en Obras, IV (Madrid: Escelicer, 1971), pág. 318.

que no concuerda siempre con la actitud del otro Unamuno polemista de los ensayos. En 1907 publicó un ensayo en forma de diálogo en Buenos Aires en que le caracteriza a don Ramón, académico y autor del Manual elemental de gramática histórica española, como un verdadero espíritu científico y un hombre que honra a España, pero templa este juicio, el auténtico, con esta salida:

> Y usted cree que don Ramón Menéndez Pidal, cuyo mérito me complazco en reconocer, entró en la Academia por ser un docto lingüista? No cree usted más bien que entró por sus concomitantes con los neos y por su amistad con Menéndez Pelayo?
>
> Tal vez; pero, sea como fuere, es allí el que mejor sabe lo que se trae entre manos.[16]

En su juicio de la cultura española de 1906, arremete Unamuno contra los eruditos enterradores reunidos en la revista Cultura Española, de la que Menéndez Pidal es uno de los principales colaboradores. El Unamuno predicador, pesimista, enemigo implacable de la estrechez y mezquindad de los eruditos malos, estorbaba la percepción de la obra positiva de hombres como Menéndez Pidal, e incluso daba cebo para la envidia. Pero detrás de esta postura pública estaba la amistad generosa y la admiración por este hombre a quien consideraba su maestro en aquella disciplina para la que su espíritu rebelde era tan reacia.

Unamuno se interesó vivamente en la edición del Poema del Cid de Menéndez Pidal, la obra premiada por la Academia; en 1908 Menéndez Pidal le informó del estado de la impresión del primer tomo; en octubre de 1910, Unamuno espera con ansia el vocabulario y la edición crítica. Armado del Manual elemental mas su ejemplar del Poema del Cid, los dos textos que más

---

[16] "La presidencia de la Academia Española," La Nación, 4 de enero de 1907, en Obras completas, VI (Madrid: Afrodisio-Aguado, 1958), pág. 530.

recuerdan sus alumnos, llegó Unamuno a limitar su actividad lingüística a la cátedra y a la preparación de alumnos que luego pasaran a Madrid a doctorarse con Menéndez Pidal. Menéndez Pidal, en cambio, desplegaba su actividad de restaurador y vivificador de la Edad Media española con una intensidad cada vez mayor.

Para 1910 cada uno estaba en su sitio, el sitio que ellos mismos habían adivinado cuando seleccionaron sus lemas para el concurso del Cid. Unamuno, cuya vida fue regida no por la ciencia sino por una angustiosa búsqueda de Dios, encabezó el suyo con el verso 850 del Poema: "Qui a buen senor sirue siempre biue en deliçio"; Menéndez Pidal, incansable profeta del pasado, recreador de la perdida tradición nacional, el verso 3328: "¿Quien nos darie nueuas de myo Çid el de Biuar?"

CAPITULO VI

CONCLUSION

Al publicarse en Francia en 1910 las siete conferencias dictadas por Menéndez Pidal en Johns Hopkins University del 5 al 16 de marzo de 1909, el autor del prólogo de aquella edición francesa puede aún, observando el ambiente intelectual de España, hacer eco de Morel-Fatio cuando comentó en 1897 la aparición de La leyenda de los Infantes de Lara.

> Si l'action du maître était secondé...par les institutions, si elle était encouragé comme elle l'est ailleurs, si elle était reconnait dans l'opinion et dans les moeurs un milieu favorable, elle devrait contribuer à l'éclosion de cette jeune école philologique et savante."[1]

Afortunadamente, en el mismo año de la publicación de esta obra en Francia, la situación de Menéndez Pidal cambia radicalmente por su nombramiento como director del nuevo Centro de Estudios Históricos. Este lamento tardío es una proyección sobre el pasado, símbolo del desaliento que existía aún entre los filólogos y medievalistas en el extranjero al observar que en España se tardaba tanto en crearse un ambiente favorable al esfuerzo del maestro. Con la formación del Centro de Estudios Históricos, termina para Menéndez Pidal la etapa de trabajo aislado sin

---

[1] L'Epopée castillane à travers la littérature espagnole. Traduction de Henri Merimée, avec une préface de Ernest Merimée (Paris: Librairie Armand Colin, 1910), pág. xxi.

apoyo oficial ni colaboradores, y se inaugura un nuevo período de florecimiento en que forma escuela con los alumnos y especialistas que se reunen en torno a él durante los próximos 25 años.

Las conferencias de John Hopkins University, por otro lado, constituyen un resumen amplio y elaborado, realizado por primera vez, de las ideas sobre la epopeya que Menéndez Pidal ha venido madurando y confirmando a lo largo de veinte años. En la Leyenda de los Infantes de Lara, obra con que se estrena en el mundo de las letras, descubrió por primera vez el entronque de la epopeya con el romancero del XVI y de ahí estudió los sucesivos retoños de aquella epopeya en el teatro nacional del siglo de oro y el romanticismo. Siguiendo en L'Epopée castillane el mismo método, hace una síntesis para un público no especializado de todos sus estudios hasta aquella fecha. Es la primera expresión amplia de la tradicionalidad como característica fundamental de la literatura español, hipótesis nacida de sus tempranas intuiciones con respecto a la epopeya y tema central ya en los Infantes de Lara.

A pesar de su importancia, la obra tardó dos generaciones en hacerse asequible en la versión española. Redactada por Menéndez Pidal en español, traducida al francés por Henri Merimée ya que las conferencias fueran pronunciadas en Baltimore en francés, la versión francesa se publicó en seguida. Tres capítulos de la versión española salieron en Madrid en el mismo año, pero el libro en su totalidad se mantuvo desconocido para el lector español hasta 1945. No deja de tener ironía que esta obra, completa y terminada, haya tenido una vida tan larga en estado latente, sumándose a la dilatada lista de libros cuyo génesis remonta a esta primera etapa.

El destacar la figura de Menéndez Pidal contra el fondo de su época descubre lecciones sobre aquella primera juventud que hasta ahora no se han tomado en cuenta. Miembro de una familia cuyo apellido se asocia en la política finesecular al misoneismo, se le confunde con el tradicionalismo caduco al mismo tiempo que el mayor representante de éste, su tío, le repudia por su defensa de una tradicionalidad que se renueva abriéndose a la innovación y el adelanto. Discípulo de la mayor figura en la literatura española de la generación anterior, sus verdaderos maestros en cuanto al método han sido Milá y Gaston Paris y tiene que volver la mirada hacia Europa y América en busca de alientos y consejos en cuanto a su vocación lingüística. Desdeñado por su condición de erudito, remueva la ciencia, rechazando los supuestos positivistas, y la convierte en instrumento que penetra las tinieblas y recrea el auténtico pasado medieval de España. En el momento del desastre nacional, se estrena como iniciador y maestro en la restauración total, conquistando nueva fama y renombre para su patria y abriendo nuevos horizontes de Hispanidad. Desatendido como figura de la generación en que se mueve en su propia época y por la crítica posterior, su presencia presiona sobre la formación del ideal de aquella generación e influye decisivamente en la evolución de Unamuno.

Tanto por la obra que empieza a montar como por la postura y actitudes que adopta frente al mundo que le rodea en su primera juventud, hay que tener en cuenta a Menéndez Pidal al ensanchar en el futuro los horizontes de los estudios tocantes a aquella época.

BIBLIOGRAFIA

Libros

Alonso, Dámaso. De los siglos oscuros al de oro. Madrid: Gredos, 1958.

_____. Menéndez Pelayo, crítico literario: las palinodias de don Marcelino. Madrid: Gredos, 1956.

Alphonse, Pierre. Disciplines de clergie et de moralités. Traduites en gascon girondin du XIV-XV siècle. Publiées pour la première fois d'après un ms de la Bibliothèque Nationale de Madrid, avec facsimilé, carte, étude morphologique, etc. par Jean Ducamin. Toulouse: Librairie Edoaurd Privat, 1908, págs. i-xvi.

Ateneo de Lima. Velada literaria en honor del comisario especial de S.M. Excmo. Sr. Ramón Menéndez Pidal. Celebrada en el Palacio de la Exposición al 18 de marzo de 1905. Lima: Imp. Torres Aguirre, 1905.

Baeza, Fernando. Baroja y su mundo. Obra realizada bajo la dirección de _____. Prólogo de Pedro Laín Entralgo. Madrid: Ed. Arion, 1962.

Baroja, Pío. El escritor según él y según los críticos. Madrid: Biblioteca Nueva, 1944.

Benitez, Hernán. El drama religioso de Unamuno. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 1949.

Beser, Sergio. Leopoldo Alas, crítico literario. Madrid: Gredos, 1968.

Blanco Aguinaga, Carlos. Juventud del 98. Madrid: Siglo XXI, 1970.

Cabezas, Julio Antonio. "Clarín", el provinciano universal. Madrid: Espasa-Calpe, 1962.

Conde Abellán, Carmen. Menéndez Pidal. Madrid: Unión Editorial, 1969.

Contini, Gianfranco. Ramón Menéndez Pidal. Roma: Academia Nazionale dei Lincei, 1970.

Cornejo, Mariano H. y Osma, Felipe de. Memoria del Perú en el arbitraje sobre sus límites con el Ecuador, presentada a S.M. el Real Arbitro. 4 vols. Madrid: Hernandez, 1905.

Del Río, Angel y Bernadette, Mair José. Concepto contemporáneo de España. New York: Las Americas, 1962.

Esperabe de Arteaga, Enrique. España contemporánea. Salamanca: Imprenta y Librería de Francisco Nuñez Izquierdo, 1931.

Estudios hispánicos, homenaje a Archer M. Huntington. Anejo único. Un recuerdo de juventud, por Ramón Menéndez Pidal. Wellesley: Wellesley College, 1952.

Farinelli, Arturo. Ensayos y discursos de crítica literaria hispano-europea. Con carta-prólogo de Ramón Menéndez Pidal. Roma: Fratelli Treves, 1925.

Fernández Almagro, Melchor. Historia del reinado de don Alfonso XIII. Barcelona: Montaner y Simon, S.A., 1933.

Fitz-Gerald, John D. Rambles in Spain. New York: Thomas Y. Crowell, 1910.

Gamallo Fierros, Dionisio. Menéndez Pidal en el año 1898. Separata de Revista del Instituto "Jose Coruñeses." Año IV, no. 4, 1968.

García Blanco, Manuel. Don Miguel de Unamuno y la lengua española. Discurso inaugural del curso académico 1952-1953. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1952.

García Calderón, Francisco. Menéndez Pidal y la cultura española. 2a. edición. Santiago de Chile: Imp. Cervantes, 1905.

García Marti, Victoriano. La vida de un español del siglo XIX al XX. Madrid: Espasa-Calpe, 1941.

Gómez de Baquero, Eduardo. Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública de _____ el día 21 de junio de 1925. Contestación de Ramón Menéndez Pidal. Madrid: Tip. de la Revista de Archivos, 1925.

Gomez-Santos, Marino. Leopoldo Alas "Clarín". Prólogo de Gregorio Marañón. Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos, 1952.

Hinojosa, Eduardo de. Obras. Vol. I. Con un estudio de Alfonso García Gallo sobre "Hinojosa y su obra." Madrid: Instituto Nacional de Estudios Jurídicos, 1948.

Huarte Morton, Fernando. "El ideal linguístico de don Miguel de Unamuno," Cuadernos de la Cátedra de Miguel de Unamuno, V. Salamanca: Facultad de Filosofía y Letras, 1954, págs. 5-183.

Jiménez-Landi, Antonio. La Institución Libre de Enseñanza. Vol. I. Los orígenes. Madrid: Taurus, 1973.

Labra, Rafael María de. Estudios de derecho político. Madrid: Tip. de A. Alonso, 1907.

Laín Entralgo, Pedro. España como problema. Madrid: Aguilar, 1956.

_____. La generación de noventa y ocho. 6a. ed. Madrid: Espasa-Calpe, 1967.

Lázaro Carreter, Fernando. Menéndez Pelayo: su época y su obra literaria. Vol. I. Salamanca: Editorial Anaya, 1962.

López Morillas, Juan. El krausismo español. Mexico: Fondo de Cultura Económico, 1956.

_____. Hacia el 98: literatura, sociedad, ideología. Barcelona: Ariel, 1972.

Llano Roza de Ampudia, Aurelio de. Del folklore asturiano. Prólogo de Ramón Menendez Pidal. Madrid: Talleres de Voluntad, 1922.

Machado, Antonio. Cartas a Miguel de Unamuno. Introducción, selección y esbozo biográfico por José Ramón Arana. Mexico: Ediciones Monegros, 1957.

Madariaga, Salvador. Spain, a Modern History. New York: Praeger, 1958.

Maragall, Juan. Epistolario de Maragall y Unamuno. Barcelona: Edimar, 1951.

Maravall, José A. Menéndez Pidal y la historia del pensamiento. Madrid: Arion, 1960.

Marías, Julián. Los españoles. Madrid: Revista de Occidente, 1962.

Martinez, Fernando Antonio. Ramón Menéndez Pidal y Rufino José Cuervo: correspondencia epistolar. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1969.

Martinez Ruiz, José. Clásicos y modernos. Buenos Aires: Lozada, 1958.

_____. Obras completas. Vol. I. Introducción, notas preliminares, bibliografía y ordenación por Angel Cruz Rueda. Madrid: Aguilar, 1975.

Maura y Gamazo, R. y Fernández Almagro, M. Por qué cayó Alfonso XIII. 2a. ed. Madrid: Ediciones Ambos Mundos, 1948.

Menéndez Pelayo, Marcelino. Antología de poetas líricos castellanos. Vol. X. Romances populares recogidos de la tradición. Madrid:

Hernando, 1921. Vol. XI. Tratado de romances viejos. Madrid: Lib. Pelayo Paez, 1914.

Menéndez Pelayo, Marcelino. Leopoldo Alas (Clarín). Epistolario. Prólogo de Gregorio Marañón. Notas de Adolfo Alas. Madrid: Ed. Escorial, 1943.

_____. Epistolario de Morel-Fatio y Menendez Pelayo. Prólogo y notas de Enrique Sánchez Reyes. Santander: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1953.

Menéndez Pidal, Juan. Poesía popular. Colección de los viejos romances que se cantan por los asturianos en la danza prima, esfoyazas y filandenes recogidos directamente del pueblo. Madrid; 1885.

Menéndez Pidal, Ramón. Cantar de Mío Cid. Texto, gramática y vocabulario. Madrid: Imp. de Bailly-Baillière e Hijos, 1908-1911. 3 vols.

_____. El condenado por desconfiado, de Tirso de Molina. Discursos leídos en las recepciones públicas de la Real Academia Española. Serie segunda, tomo VI. Madrid: Industrias Gráficas, 1950.

_____. Crónicas Generales de España. Catálogo de la Real Biblioteca. Manuscritos. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1898.

_____. L'Epopée castillane à travers la littérature espagnole. Traduction de Henri Merimée, avec une préface de Ernest Merimée. Paris: Librairie Armand Colin, 1910.

_____. L'epopeya castellana a través de la literatura española. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1945; 2a. ed. Madrid: Espasa-Calpe, 1959.

_____. Los españoles en la historia. 2a. ed. Madrid: Espasa-Calpe, 1971.

_____. Estudios literarios. 8a ed. Madrid: Espasa-Calpe, 1957.

_____. Flor nueva de romances viejos que recogió de la tradición antigua y la moderna Ramón Menéndez Pidal. Madrid: Tip. de la Revista de archivos, museos y bibliotecas, 1928.

_____. La leyenda de los Infantes de Lara. Madrid: Imprenta de los hijos de J. M. Ducazal, 1896.

_____. Mis páginas preferidas. Estudios linguísticos e históricos. Madrid: Gredos, 1957.

_____. Mis páginas preferidas. Temas literarios. Madrid Gredos, 1957.

Menéndez Pidal, Ramón. Non omnis moriar. Madrid: Editorial Gredos, 1969.

_____. Poema del Cid. Nueva edición. Madrid: Imp. de los Hijos de J. M. Ducazcal, 1898.

_____. El romancero español. Conferencias dadas en la Columbia University de New York los días 5 y 7 de abril de 1909, bajo los auspicios de The Hispanic Society of America. New York: The Hispanic Society, 1910.

_____. Romancero hispánico (hispanoportugués, americano y sefardi). Teoría e historia. Madrid: Espasa-Calpe, 1953. 2 vols.

_____. Los romances de América y otros estudios. 6a. ed. Madrid: Espasa-Calpe, 1958.

_____. Seis temas peruanos. Madrid: Espasa-Calpe, 1960.

Merimée, Ernest. Discours. Martinemche, E. Discours. Université de Toulouse. Reception solennelle de Don Ramón Menéndez Pidal, Docteur honoris causa, le 18 février, 1921. Toulouse: E. Privat, 1921.

Mesa, Enrique de. Antología poética. 4a. ed. Madrid: Espasa-Calpe, 1962.

_____. Canciones castillanas. 2a. ed. Madrid: Renacimiento, 1917.

Moreno Villa, José. Vida en claro. Mexico: Fondo de Cultura Económica, 1944.

Pérez de Ayala, Ramón. Amistades y recuerdos. Barcelona: Aedos, 1961.

Pérez de la Dehesa, Rafael. El grupo "Germinal": una clave del 98. Madrid: Taurus, 1970.

_____. El pensamiento de Costa y su influencia en el 98. Madrid: Estudios y Publicaciones, 1966.

Robaina, Tomás F. Breve bibliografía Ramón Menéndez Pidal in memoriam 1869-1968. Habana: Biblioteca Nacional José Martí, 1970.

Sánchez Barbudo, Antonio. Estudios sobre Unamuno y Machado. Madrid: Guadarrama, 1959.

Serís, Homero y Arteta, Germán. Ramón Menéndez Pidal. 2a. ed. aumentada y puesta al día. New York: Instituto de las Españas, 1938.

_____. Suplemento a la Bibliografía de Don Ramón Menendez Pidal. Madrid: Hernando, 1931.

Turin, Yvonne. L'Education et l'école en Espagne de 1874 à 1902. Paris: Presses Universitaires, 1959.

Ullman, Joan Connelly. The Tragic Week. Cambridge: Harvard University Press, 1968.

Unamuno, Miguel de. Zulueta, Luis de. Cartas (1903/1933). Madrid: Aguilar, 1968.

_____. Cartas inéditas de Miguel de Unamuno. Recopilación y prólogo de Sergio Fernández Larrain. Santiago: Editorial Zig-Zag, 1965.

_____. De esto y de aquello. Ordenación, prólogo y notas de Manuel García Blanco. Buenos Aires: Sudamericana. Vol. II, 1951; vol. III, 1953.

_____. Diario íntimo. Prólogo-estudio de P. Felix García. Madrid: Alianza Editorial, 1970.

_____. Ensayos. Madrid: Aguilar, 1958. 2 vols.

_____. Escritos complementarios Unamuno-Maragall. Prólogo de Pedro Laín Entralgo. Epílogo de Dionisio Ridruejo. Madrid: Seminarios y Ediciones, 1971.

_____. Gramática y glosario del Poema del Cid: contribución al estudio de los orígenes de la lengua española. Edición que se publica por primera vez, preparada por Barbara D. Huntley y Pilar Liria. Madrid: Espasa-Calpe, 1977.

_____. Obras completas. Recopilación, ordenación y prólogo de Manuel García Blanco. Madrid: Afrodisio Aguado, 1958. Vols. III y VI.

_____. Obras completas. Madrid: Escelicer. Vol. VIII, 1970; vol. IX, 1971.

Valbuena Prat, Angel. Historia de la literatura española. Vol. II. Barcelona: Gustavo Gil, 1937.

Vicuña Cifuentes, Julio. Instrucciones para recoger de la tradición oral romances populares. Santiago de Chile: Imp. Blanchard-Chessi, 1905.

_____. Romances populares y vulgares. Santiago de Chile, 1912.

Zubizarreta, Armando F. Tras las huellas de Unamuno. Madrid: Taurus, 1960.

Zuleta, Emilia de. Historia de la crítica española contemporánea. Madrid: Gredos, 1966.

Zulueta, Carmen. Navarro Ledesma: el hombre y su tiempo. Madrid-Barcelona: Alfagarra, 1968.

Artículos, periódicos y revistas

Alonso, Dámaso. "Menéndez Pidal y la cultura española," Iberorromania, I (1969), págs. 125-134.

_____. "Menéndez Pidal y la generación del 98," Revista de Letras (Universidad de Puerto Rico, Mayaguez), no. 1 (1969), págs. 209-228.

_____. "Ramón Menéndez Pidal," en Gran Enciclopaedia del Mundo, vol. XII. Bilbao: Durvan, 1963. págs. 958-963.

Arteta y Errasti, G. "Bibliografía de D. Ramón Menéndez Pidal" en Homenaje ofrecido a Menéndez Pidal. Madrid: Hernando, 1925. Vol. III, págs. 655-674.

Eleiberg, German. "Algunas revistas literarias hacia 1898," Arbor, XI (1948), págs. 465-480.

Castro, América. "Cuanto le debemos," Papeles de son Armadans, 13 (1959), págs. 283-290.

Catalán Menéndez-Pidal, Diego. "Las obras futuras de Menéndez Pidal," La Torre, no. 70 (octubre-diciembre 1970) y no. 71 (enero-marzo 1971), págs. 51-74.

Cultura Española. 1906-1908.

Gamallo Fierros, Dionisio. Arriba, Madrid, 14 marzo 1967, 21 marzo 1967, 29 abril 1967, 1 febrero 1968, 28 noviembre 1968, 13 marzo 1969.

Garcés, Pedro. "Evocación de Ramón Menendez Pidal," Revista Nacional de Cultura, no. 186 (1968), págs. 66-74.

García Blanco, Manuel. "Tres cartas inéditas de Maragall a Unamuno," Cuadernos de la Cátedra de Miguel de Unamuno, III, 1952, págs. 5-12.

Gullón, Ricardo. "La invención del 98," Cuadernos Hispanoamericanos, no. no. 226-227 (1968), págs. 150-159.

Ilustración Española y Americana. 1899-1905.

La Lectura. 1903, 1910.

Lamartinel, Jean. "Cartas de Menéndez Pidal a Morel-Fatio," Cuadernos Hispanoamericanos, nos. 248-250 (1969), págs. 246-266.

Lapesa, Rafael. "Don Ramón Menéndez Pidal, ejemplo y doctrina," Filología, no. 13 (1968), págs. 1-32.

_____. "Don Ramon Menéndez Pidal: Los trabajos y los días," Razón y Fe, no. 179 (1969), págs. 475-492.

Los Lunes de El Imparcial. 1899-1905.

Madariaga, Salvador. "Un grano de arena," Revista de Occidente, no. 27 (1969), págs. 139-143.

Malkiel, Yakov. "Era omne esencial...," Romance Philology, XXIII (1970), págs. 371-411.

Maruitti de Sanchez Rivero, Angela. "Carteggio: Ramón Menéndez Pidal-Joaquim de Araujo - Ramón Menéndez Pidal-Emilio Teza," Quaderni ibero-americani, no. 30-32 (1965), págs. 253-316.

Maier, Harri. "Ramón Menéndez Pidal y los métodos de la historia linguística," Anuario de Letras, VII (1968-1969), págs. 43-58.

Menéndez Pelayo, Marcelino. La España Moderna, CIX (1898), págs. 80-105.

Menéndez Pidal, Ramón. "Castilla y León," La Lectura, X (1910), págs. 155-183.

_____. "Catálogo del romancero judío-español," Cultura Española, IV (1906), págs. 1045-1077; V (1907), 161-199.

_____. "Etimologías españolas," Romania, XXIX (1900), págs. 334-379.

_____. "Gaston Paris," La Lectura, III (1903), págs. 544-549.

_____. "Notas para el romancero del Conde Fernán González," Homenaje a Menendez Pelayo: Estudios de erudición española, I, págs. 429-507.

_____. "La penitencia del Rey D. Rodrigo: Origen probable de esta leyenda," Revista Crítica de Historia, II (1899), págs. 31-34.

_____. "La peregrinación de un cuento," El Porvenir de Laviana, Oviedo, 1891, reimpreso en Archivium, IX (1959), págs. 13-22.

_____. "El poema del Cid," La Lectura, X (1910), págs. 261-282.

_____. "El poema del Cid en la edición de Archer M. Huntington," La Lectura, IV (1904), págs. 27-32.

_____. "El poema del Cid en las crónicas generales de España," Revue Hispanique, V (1898), págs. 535-469.

_____. "Recuerdos referentes a Unamuno," Cuadernos de la Cátedra de Miguel de Unamuno, II (1951), págs. 5-12.

_____. "Los romances tradicionales en América," Cultura Española, I (1906), págs. 72-111.

Menéndez Pidal, Ramón. "Título que el Arcipreste de Hita dió al libro de sus poésias," Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, II (1898), págs. 106-109.

Merimée, Ernest. La Lectura, X (1910), págs. 243-255.

Michaelis de Vasconcellos, Carolina. "Estudos sobre o Romanceiro peninsular: Romances velhos," Cultura Española, VII (1907), págs. 768-803.

Morel-Fatio, A. Romania, XXVI (1897), págs. 305-320; XXXIII (1904), págs. 270-272.

Paris, Gaston. Journal des Savants, mai 1898, págs. 296-309; juin 1898, págs. 321-335; enero 1903, págs. 69-70.

Perez Bustamante, Ciriaco. "Don Ramón y los ensayos de reforma universitaria en su juventud," Cuadernos Hispanoamericanos, 238-240 (1959), págs. 71-77.

Perez de la Dehesa, Rafael. "Editorales e ingresos literarios a principios del siglo XX," Revista de Occidente, 24 (1969), págs. 217-228.

Revista Crítica de Historia y Literatura Españolas. 1896-1897.

Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. 1898-1904.

Rodriguez Huesca, Antonio. "La españolia de don Ramón Menéndez Pidal," La Torre, no. 70 (octubre de 1970) y no. 71 (marzo de 1971), págs. 187-197.

Torre, Guillermo de. "La generación española del 98 en las revistas del tiempo," Nosotros, no. 67 (octubre de 1941), págs. 3-38.

Unamuno, Miguel de. "Notas marginales," en Homenaje ofrecido a Ramón Menéndez Pidal (Madrid: Hernando, 1925), vol. III, págs. 57-62.

Urrutia Salaverría, Luis. "Baroja y el periodismo," Actas del Segundo Congreso Internacional de Hispanistas, agosto 1965, Nimega, 1967, págs. 655-666.

Tesis doctorales

Aponte, Barbara Bockus. "The Spanish Friendships of Alfonso Reyes." Unpublished Ph.D. dissertation, University of Texas, 1964.

de Rivas, Enrique Manuel. "La obra de Enrique de Mesa." Unpublished Ph.D. dissertation, University of California, Berkley, 1956.

Homenajes

ABC, Madrid, 13 de marzo de 1959.

Anuario de Letras, Mexico, vol. VII (1968/69).

Boletín de la Real Academia Española, Madrid, 49 (1969).

Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Estudios dedicados a Menéndez Pidal. Madrid: CSIC, Patronato Menéndez Pelayo, 1957, vol.7.

Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid, no. 238-240 (1969).

Hispanic Review, Philadelphia, vol. 38, no. 5 (November 1970).

Homenaje ofrecido a Menéndez Pidal: miscelania de estudios linguísticos, literarios e históricos. Madrid: Hernando, 1925. 3 vols.

Ibérida. Revista de Filología, Río de Janeiro, no. 1 (abril de 1959).

Insula, Madrid, no. 24 (marzo de 1969).

Papeles de Son Armadans, Palma de Mallorca, año. IV, tomo XIII, no. 39 (1959).

Quaderni Ibero-Americani, Torino, no. 30-32 (1965).

Romance Philology, Berkeley and Los Angeles, vols. XXIII, no. 4 and XXIV, no. 1 (1970).

La Torre, Río Piedras, Puerto Rico, año. XVIII, no. 70 (octubre-diciembre 1970) y XIX, no. 71 (enero-marzo 1971).